

RESEÑAS

MICHAEL VON ALBRECHT, *Virgilio. Bucólicas, Geórgicas y Eneida. Una introducción*. Presentación y bibliografía virgiliana en España por Francisca Moya del Baño. Traducción del alemán por Antonio Mauriz Martínez, revisada por Francisca Moya del Baño y Michael von Albrecht, EDIT.UM, Universidad de Murcia, 2012. 470 pp.

Una parábola de Leibniz nos propone dos bibliotecas: una de cien libros distintos, de distinto valor, otra de cien libros iguales todos perfectos. Es significativo que la última conste de cien Eneidas. Voltaire escribe que, si Virgilio es obra de Homero, éste fue de todas sus obras la que le salió mejor. Diecisiete siglos duró en Europa la primacía de Virgilio; el movimiento romántico lo negó y casi lo borró. Ahora lo perjudica nuestra costumbre de leer los libros en función de la historia, no de la estética.

Jorge Luis Borges, *Biblioteca personal*.

[Comparación con el original e *Índice de contenido* al final de estas páginas]

Este libro es la valiente traducción que ha producido en 2012 la Universidad de Murcia, la del magistral *Virgilio* de Michael von Albrecht (Heidelberg, UWH, 2007). Para definir bien la traducción al español de esta obra es necesario parafrasear a su promotora, Francisca Moya del Baño, que define esta oportunidad como “un precioso regalo de la divinidad,” y lo es no solo para los universitarios en particular, sino para toda la república de las letras iberoamericanas en general.

Me gustaría que Borges hubiera conocido esta traducción concreta, ya que tal vez hubiera estimado lo que en mi opinión significa este *Virgilio*: no es mera erudición, no es solo un trabajo bien hecho (gran parte de la crítica literaria de hoy en día, con su retórica, su vanidad, su vacuidad, con sus citas para adornar, “asusta al miedo”), sino que incluye ese cambio que es necesario para que la Crítica Literaria con mayúsculas cumpla su verdadera función de intermediaria: este es de los contados libros que no alejan sino que acercan el autor al lector, los amigos, los hermanos. Querido Jorge Luis, ya no perjudica al Virgilio artista nuestra costumbre de leer los libros en función de la historia, y por extensión de la historia de la literatura: este libro se ocupa también de la Estética –rama de la Filosofía–, en el más alto sentido de la palabra, en su sentido más ético, en el de “ciencia que trata de la belleza y de la teoría fundamental y filosófica del arte” (*DRAE*, Vigésima segunda edición), siendo lo Bello y lo Bueno, la καλοκαγαθία, la más

alta aspiración del hombre virtuoso, del hombre religioso, para Sócrates-Platón. ¿Sentiría Borges por este libro la admiración que sintió por la mitología vivida y bien entendida de Robert Graves frente a útil y erudita, pero no tan bien captada del *Diccionario mitológico* de Pierre Grimal?

Este *Virgilio* es la obra de un profundo conocedor de la literatura latina en su totalidad, junto con sus fuentes griegas, pues no en vano preparó su *Literatura*, su obra más conocida, a lo largo de veinte años. No existe ningún experto que haya puesto objeciones convincentes, a mi juicio, a su *Historia de la literatura latina*, y no conozco a ningún lector común (el buen lector es mucho más común de lo que creemos, y es sagrado para Virginia Woolf, *The Common Reader*, y para mí) ha hecho otra cosa que elogiar esta *Literatura*, para la que Von Albrecht trabajó, como digo, durante veinte años de su vida, según me testimonió Ruth, su esposa. Pero se suma a ello que Michael von Albrecht es un enamorado de la obra de Virgilio en particular, y por ello le ha sido necesario dar este paso más allá de la magnífica introducción a Virgilio que ya había hecho con anterioridad (El autor dedica a Virgilio algo menos de 60 páginas en su *Literatura*. ¿era ese el espacio suficiente para este amante de la literatura de Virgilio?). Ese es el origen de este regreso a Virgilio, de esta profundización en su figura, de este *compañero* imprescindible para el lector atento, para el lector curioso, para el lector de sabios, para todo aquel que desee subirse a hombros de este gigante.

Como puede oírse al final de estas páginas, dos de los capítulos son nuevos y se deben a la promotora del libro, Francisca Moya del Baño. Ella es la autora de la sensible, emotiva, humilde y solvente presentación de la obra, en primer lugar, y, al final del libro, de la pormenorizada y, debo repetir el epíteto, solvente bibliografía sobre Virgilio y su fortuna en España, que ocupa más de cincuenta páginas.

El original de esta traducción fue escrito, como queda dicho, en el 2007, pero aun así es necesario hablar de la obra en sí. Von Albrecht divide su *compañero* en tres capítulos fundamentales, dedicados respectivamente a *Églogas*, *Geórgicas* y *Eneida*, seguidos de un capítulo sobre la *Appendix Vergiliana*. Como se habrá visto ya al final de esta reseña, el libro mantiene una ordenación muy característica y coherente con la obra de la que procede y a la que amplía y sucede: su *Literatura*. Von Albrecht trata siempre los temas por el mismo orden: panorama de la obra, estudio pormenorizado de cada poema o libro de *Églogas*, *Geórgicas* y *Eneida*, trata del género y de sus predecesores, de la técnica literaria, de la lengua y el estilo, de la teoría literaria, del pensamiento, de la transmisión y de la influencia.

Dentro de esa estructura, dentro de esa constancia, ¿qué hace especial esta obra? “Forme usted líneas en medida iguales, y luego en fila las junta poniendo consonantes en la punta. ¿Y en el centro? ¿En el centro? Ese es el cuento. Hay que poner *talento*.”

Deseo compartir contigo, improbable lector, este recuerdo. Michael y Ruth von Albrecht vinieron a Sevilla, invitados por Antonio Ramírez de Verger. Al acabar de cenar, me atreví a preguntarle con más miedo que vergüenza qué obra hubiera elegido salvar él si el Hado hubiera querido que se perdieran o la *Eneida* o las *Metamorfosis* de Ovidio (*omen absit*). Se tomó la pregunta tan en serio como no se la ha tomado desde entonces nadie de aquellos a quienes la he hecho, y me dijo sin dudarla: “Yo salvaría la primera mitad de cada obra: en la segunda parte decaen levemente, la primera parte de ambas es rayana”. Cervantes y Shakespeare: *tale quale*.

Y para cerrar, remito de nuevo a las palabras de Borges, a las que hace honor esta obra, viva y perenne, de Michael von Albrecht: “Virgilio. De los poetas de la tierra no hay uno solo que haya sido escuchado con tanto amor. Más allá de Augusto, de Roma y de aquel imperio que, a través de otras naciones y de otras lenguas, es todavía el Imperio. Virgilio es nuestro amigo. Cuando Dante Alighieri hace de Virgilio su guía y el personaje más constante de la *Comedia*, da perdurable forma estética a lo que sentimos y agradecemos todos los hombres.” Jorge Luis Borges, *Biblioteca personal*.

I. Apéndice sobre la fidelidad de la traducción:

Vorwort: Vergil lesen- heute?

Man hat gefragt, ob nach dem Grauen und der Unmenschlichkeit des 20. Jh. Poesie überhaupt noch möglich sei. Auch in Vergils Zeit — einem Jahrhundert der Bürgerkriege und Proskriptionen - hatten Menschen Menschen Schlimmstes angetan. Man sehnte sich nach Frieden und der Wiedergewinnung der zerstörten Solidarität zwischen Mitbürgern. Heute redet man (zumindest auf dem Gebiet der Wirtschaft) von „Globalisierung“; damals war die mediterrane Menschheit sogar politisch zu einem Weltreich zusammengewachsen.

Prólogo. ¿Leer a Virgilio hoy en día?

Se ha planteado la cuestión de si, tras el horror y deshumanización del siglo XX, es todavía posible la poesía. También en época de Virgilio —un siglo de guerras civiles y proscripciones— llegaron a hacerse los hombres, unos a otros, las más terribles atrocidades. Existía por entonces un anhelo de paz y un deseo por recuperar la destrozada solidaridad entre conciudadanos. Hoy se habla (al menos en el terreno de la economía) de “globalización”; en aquel tiempo, la humanidad del Mediterráneo había crecido hasta formar, incluso políticamente, un imperio mundial.

II. Índice

Agradecimientos

Prólogo: ¿Leer a Virgilio hoy en día?

A modo de presentación (por Francisca Moya del Baño)

1. El autor en su época

2. *BUCÓLICAS* - 2.1. Panorama de la obra - 2.1.1. Égloga primera - 2.1.2. Égloga segunda - 2.1.3. Égloga tercera - 2.1.4. Égloga cuarta - 2.1.5. Égloga quinta - 2.1.6. Égloga sexta - 2.1.7. Égloga séptima - 2.1.8. Égloga octava - 2.1.9. Égloga novena - 2.1.10. Égloga décima - 2.2. Género y predecesores - 2.3. Técnica literaria - 2.4. Lengua y estilo - 2.5. Teoría literaria - 2.6. Pensamiento - 2.7. Transmisión - 2.8. Influencia

3. *GEÓRGICAS* - 3.1. Panorama de la obra - 3.1.1. Libro primero - 3.1.2. Libro segundo - 3.1.3. Libro tercero - 3.1.4. Libro cuarto - 3.2. Género y predecesores - 3.3. Técnica literaria - 3.4. Lengua y estilo - 3.5. Teoría literaria - 3.6. Pensamiento - 3.7. Transmisión - 3.8. Influencia

4. *ENEIDA* - 4.1. Panorama de la obra - 4.1.1. Libro primero - 4.1.2. Libro segundo - 4.1.3. Libro tercero - 4.1.4. Libro cuarto - 4.1.5. Libro quinto - 4.1.6. Libro sexto - 4.1.7. Libro séptimo - 4.1.8. Libro octavo - 4.1.9. Libro noveno - 4.1.10. Libro décimo - 4.1.11. Libro

undécimo - 4.1.12. Libro duodécimo - 4.2. Género y predecesores - 4.3. Técnica literaria - 4.4. Lengua y estilo - 4.5. Teoría literaria - 4.6. Pensamiento - 4.7. Transmisión - 4.8. Influencia

5. Apéndice: *Appendix Vergiliana*

6. Bibliografía

7. Bibliografía virgiliana en España (por Francisca Moya del Baño, pp. 395-450)

8. Índice onomástico y conceptual

ANA PÉREZ VEGA

JAIME ALVAR, *Los cultos egipcios en Hispania*, Besançon, Presses universitaires de Franche-Comté, 2012; ISBN 978-2-84867-418-6; 192 págs. + il (color y blanco/negro) + un mapa suelto.

El Institut des Sciences et Techniques de l'Antiquité (ISTA) de la Universidad de Franche-Comté acaba de dar a la luz una monografía que analiza el desarrollo de los cultos egipcios en *Hispania* a partir de una exhaustiva catalogación de testimonios materiales. El trabajo es obra de Jaime Alvar, destacado especialista en estos temas, a quien debemos, aparte de otros trabajos de menor entidad, las importantes monografías de orden más general *Los Misterios. Religiones orientales en el Imperio Romano* (Barcelona 2001) y *Romanising Oriental Gods. Myth, Salvation and Ethics in the Cults of Cybele, Isis and Mithras* (Leyden-Boston 2008). Se centra en este caso en los territorios de la *Hispania* romana destacando de forma concreta sólo lo relativo a los cultos de origen egipcio.

Precedido de una apretada y clarificadora síntesis del desarrollo cronológico de estos cultos en *Hispania*, la estructura del trabajo destaca especialmente el catálogo de testimonios materiales de diverso tipo (arquitectura, escultura, epigrafía, objetos menores, entre los que destacan especialmente las lucernas) y agrupados por las tres provincias hispanas, con añadidos que incluyen piezas dudosas (asimismo con esa división tripartita referida), otras de procedencia desconocida, lucernas fuera de catálogo y una placa epigráfica de fuera de *Hispania*. Se cierra con una amplia bibliografía, que complementa de forma adecuada el estudio.

Como destaca en su razonada presentación Antonio Gonzales, director del ISTA, la monografía de Jaime Alvar conecta directamente con los trabajos dedicados a estos cultos por A. García y Bellido y, especialmente, los capítulos correspondientes en la ya clásica obra de este autor *Les Religions Orientales dans l'Espagne Romaine* (Leyden 1967); lógicamente superándolos, tanto desde el punto de vista cuantitativo cuanto cualitativo, destacando nuevos documentos de gran interés. Así, de los 81 documentos recogidos por A. García y Bellido (incluyendo algunos dudosos) se pasa en este trabajo a 200 testimonios, aparte de otros 37 que pueden ser dudosos.

En las páginas en que se incluye el estudio previo al catálogo (pp. 19-36) se trazan unas líneas magistrales de –como se decía– el desarrollo de los cultos egipcios en los territorios hispanos de época romana, negando de forma acertada la –pretendida por otros investigadores– continuidad de éstos con los cultos egipcios de la España prerromana,

con testimonios sobre todo vinculados a la colonización fenicia. Especial interés reviste en este ensayo la vinculación de los testimonios más conspicuos a espacios concretos, es decir, a partir de referencias ineludibles a sus contextos arqueológicos –cuando ello es posible–, así como un especial objetivo de datación de la pieza, lo que optimiza su uso como índice histórico. Tenemos así un resumen desde la introducción de tales cultos en época republicana, destacando las ciudades de *Emporiae* y *Carthago Noua*, hasta su eclosión en época altoimperial, con ausencia de testimonios ya en el siglo IV d.C. Ello demostraría que, a pesar de la problemática de la interpretación de diversos testimonios, “la popularidad de los dioses nilóticos en Hispania fue, sin duda, grande” (p. 23) en el período citado, sobre todo, como resultado de la inclusión del culto de Isis entre las principales divinidades romanas, exponente de romanidad frente a su primitivo origen egipcio. Además, destaca el autor que fue especialmente un fenómeno urbano, sobre todo, de ciudades abiertas al Mediterráneo y a sus influencias, como las mencionadas antes para época republicana o, para época imperial, el municipio de *Baelo Claudia*, pero no sólo, según testimonia ahora el imponente *iseum* mejor conocido que se construyó en el pórtico del teatro de *Italica* o la conocida presencia de Serapis en el santuario rural de Panóias.

Abundan más los documentos de carácter arqueológico que los epigráficos, con los problemas que ello acarrea de interpretación, sobre todo cuando faltan datos precisos sobre los contextos de descubrimiento. Además, en la serie de testimonios epigráficos surge el problema de los nombres teóforos relacionados con los dioses nilóticos o sus acepciones, cuya solución no puede ser unívoca en uno u otro sentido, sino que debe valorarse en cada caso concreto en todos sus aspectos complementarios. Ese mismo problema de relación efectiva con el culto o las creencias relacionados con los dioses nilóticos surge en determinados elementos arqueológicos, como las lucernas que presentan imágenes alusivas en la decoración del disco, a veces de contextos sepulcrales, y sobre cuya interpretación se muestra cauto J. Alvar frente a otros investigadores que las consideran testimonios efectivos de tales cultos. Como afirma de manera acertada, “no queda más remedio que aceptar que, de todos estos objetos de carácter iconográfico, pocos son los que atestiguan la existencia de un culto organizado a la diosa nilótica, ni siquiera son seguros testimonios de culto particular” (p. 28). Ese problema no es tan evidente en el caso de las esculturas, sobre todo de gran formato, ya que si bien es cierto que no todas debieron ser estatuas de culto, debía existir una mayor intencionalidad en estos casos, con la excepcionalidad que supone el fragmento de esculturilla egipcia (nº 86 de su catálogo), de época ptolemaica, reutilizada probablemente en época romana imperial en un ambiente de culto del anfiteatro de *Italica*, como tuvimos ocasión de documentar hace algún tiempo (J. Beltrán y J. M. Rodríguez, *Italica. Espacios de culto en el anfiteatro* [Sevilla 2004]). Un último aspecto es el problema de la desaparición de tales cultos en la Hispania tardía, que Alvar sitúa a lo largo del siglo III d.C. por ausencia de referencias literarias, epigráficas o arqueológicas en la centuria siguiente. Si bien concluye que “el panorama de los cultos egipcios en Hispania está lleno de preguntas, de sombras, de hipótesis, de escasas respuestas firmes” (p. 36), también es cierto que este catálogo exhaustivo nos ofrece un compendio sobre el que trabajar en tales hipótesis para ir despejando las sombras y respondiendo a las adecuadas preguntas.

Como se dijo, el catálogo se organiza según las tres provincias romanas hispanas, Lusitania (pp. 39-55, nºs 1-60), Bética (pp. 57-93, nºs 61-124) y Tarraconense (pp. 95-146, nºs 125-198), y dentro de ellas los testimonios se clasifican por orden alfabético de

localidades actuales. En la Lusitania destaca el pie escultórico de Conimbriga (nº 1), que da objeto para el análisis de los llamados pies serapeos, o las conocidas esculturas emeritenses (nºs 19-22) que demuestran la existencia de un importante *iseum* en *Augusta Emerita*, si bien es problemática la identificación iconográfica como una Isis de la estatua femenina del cerro de San Albín (nº 22).

Para los territorios de Bética contamos ahora con la reinterpretación que se ha dado al *iseum* de *Italica* (nº 69) a partir de las novedades arqueológicas, que concluyen que en el siglo II d.C. se amplía el espacio de culto, reutilizando prácticamente todo el ámbito de la *porticus post scaenam*, pero especialmente la parte norte, donde se sitúa el templo y las estancias anexas, que desbordan el espacio porticado; se ha documentado, por ejemplo, un aljibe-nilómetro en la parte nororiental de la plaza, que se complementa con el estanque central, el lugar del altar y algún otro elemento cultural característico, que se une a los exvotos con huellas de pies e inscripciones (*uestigia*). No obstante, de las cuatro placas con huellas de pies anepigráficas (nº 74) sólo una apareció en el iseo del teatro, mientras que las otras tres proceden de descubrimientos anteriores, por lo que parece más factible asociarlas a esas mismas dedicaciones de *uestigia* del anfiteatro, dedicadas cuando menos a *Dea Caelestis* y Némesis (J. Beltrán y J. M. Rodríguez, *op. cit.*). Es asimismo interesante la apreciación de que una de esas placas de *vestigia* anfiteatrales, dedicada por el *sacerdos P. B. Fortunatus* (nº 84) y tradicionalmente considerada como dedicación a Juno-Caelestis bajo la advocación *Domina Regi(n)a*, sea reinterpretada como de Isis, pues haría más comprensible la presencia del exvoto de dios egipcio de época ptolemaica, antes citado (nº 86), en el anfiteatro italicense. Asimismo la estatua-fuente de *Italica* que personifica a una divinidad fluvial se identifica como un Nilo (nº 88), si bien ésta se descubrió en las excavaciones de 1839 en el foro de la ciudad. El esquema del iseo italicense antes referido, aunque adaptado al espacio teatral reutilizado, se hace ahora más próximo al modelo tradicional testimoniado en el iseo de Pompeya o, en territorios béticos, en el propio iseo de *Baelo Claudia* (nº 100), construido en la *insula* del foro en época flavia, en la terraza de los tres templos que presidían la plaza forense.

En la Tarraconense sigue destacando el templo de divinidades alejandrinas de *Emporiae* (nº 125), con la problemática de su vinculación al templo de Esculapio y la reinterpretación reciente de la famosa estatua helenística de Esculapio como un Serapis (nº 126) –lo que no es aceptado por todos–, en el marco de su restauración (AA.VV., *El retorn del Déu* [Barcelona 2008]). Singular por su iconografía y ejecución es el relieve de tema nilótico de Sagunto (nº 151). En Carthago Nova, a la hipotética identificación del podio documentado en el cerro del Molinete como un templo de Serapis (nº 160), junto al que existió un templete dedicado a la *Dea Atargatis*, si habría que agregar la nueva hipótesis de identificación de otro santuario de dioses egipcios en las recientes excavaciones de José Miguel Noguera, precisamente en la zona baja meridional del mismo cerro del Molinete, junto a unas termas y una casa para reuniones de comidas que formarían parte también del conjunto sacro (según, p.e., J. M. Noguera y M. J. Madrid [eds.], *Ars Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete, Cartagena*, Catálogo de la exposición [Murcia 2009] esp. 118-141). De interés es el renovado análisis que J. Alvar lleva a cabo del conocido pedestal de Guadix dedicado a *Isis Puella* o *Puellarum* (nº 168), sobre todo en la interpretación de los relieves de ambas caras, como la identificación del objeto que lleva entre sus brazos la figura del sacerdote con máscara de Anubis como “una imagen divina velada, un Osiris-Canopo, transportado sobre una columnita... Interpretados

los relieves en su integridad, pondrían de manifiesto cómo Avita va a obtener el agua fresca de salvación, traída probablemente de Egipto, que le proporciona Anubis en presencia de Thot” (pp. 122-123). En relación al paralelo aducido de un monumento epigráfico de Algeciras, no creemos que éste sea ni un candelabro, ni un altar, sino un pedestal en forma de doble balaustrada, típico de talleres béticos del siglo II d.C. y quizás relacionado en origen con las *officinae* que trabajaron en el *Traianaeum* de *Italica*, donde asimismo parecen constatarse (cfr., J. Beltrán y A. Ventura, “Basis marmórea cum signo argenteo”, *Tabona* 8 [1992] 373-389). Por otro lado, la dedicación de joyas a la diosa, que aparece tanto en el pedestal de Guadix (a Isis) cuanto en el de Algeciras (a Diana), es propia de manera casi exclusiva de la Bética (cfr., p.e., J. Beltrán, “Brillo y color de joyas en la estatuaria hispanorromana a través de las inscripciones”, *El color de los dioses*. Catálogo de la exposición [Madrid 2009] 271-279). Concluye el catálogo de testimonios tarraconenses con el destacado santuario rural de Panóias (nº 192), de carácter indígena y rural, pero donde se incorpora el culto serapeo, a partir de la documentación epigráfica, tan difícil en su lectura por los problemas de conservación.

Se convierte, pues, esta monografía de Jaime Alvar en obra ineludible para el análisis de los cultos egipcios en la Hispania romana.

JOSÉ BELTRÁN FORTES

CARMEN ARANEGUI GASCÓ, *Los iberos ayer y hoy. Arqueologías y culturas*, Marcial Pons Historia. 2012.

La obra se introduce con un significativo prefacio del profesor Pereira-Menaut, que enfatiza la importancia –pretérita– y desuso –actual– de términos como “economía” o “estructura” en la historiografía e investigación histórica. Sus reflexiones sobre los cambios acontecidos en los últimos años en la percepción y aplicación de las teorías económicas en la historia sirven magistralmente como enmarque reflexivo sobre la estructura y visión histórica que la cultura ibérica adquiere en esta obra.

A modo de prólogo reflexivo la autora toma posición sobre la importancia de la historia de la arqueología como exponente para la creación del pasado. Los tiempos pretéritos son inseparables de las miradas que les dedicamos.

En el capítulo primero realiza una exposición clara y contundente sobre los autores que tratan el tema y su marco ideológico, incidiendo en las distintas visiones de la Historia y de las historias nacionales. No deja resquicio a la duda de si estas visiones sobre lo propio o ajeno están exentas de su tiempo y de la impronta de sus protagonistas, ni de cómo también las miradas desde el mundo clásico propician las visiones de otras épocas o culturas, y no siempre para bien. Se nos presentan sucesivamente los diversos investigadores y su visión. Pierre Paris, E. Hübner o A. Schulten preceden a los españoles, Bosch Gimpera, Pericot García o Ballester Tormo, Gómez Serrano, Beltrán Villagrasa, Fletcher, Jordá, Aparisi, entre otros, una parte de los cuales pertenecían al Servicio de Investigación Prehistórica valenciano. Finaliza este recorrido historiográfico en las figuras de Ruiz y Molinos a finales del siglo XX (y con guiños a la obra historiográfica de Fernando Wulff) insertos también en sus correspondientes ámbitos histórico-académicos.

El segundo capítulo versa sobre los estudios de la escritura y lengua ibérica. Profundiza en sus orígenes, y en su especificidad, desarrollando su diversidad y divergencia territorial, de gran alcance.

Las distintas formas y tipología de hábitat son tratadas en el tercer capítulo de forma magistral en el marco de ámbitos territoriales. Distingue el *oppidum* como garante de estabilidad y control social, rector de sus recursos, de otros núcleos de carácter urbano de menor entidad y de las granjas, de reducido tamaño y dedicadas a la explotación de recursos, entre otras funciones. Menciona especialmente los sistemas defensivos, en los que distingue tres grandes momentos constructivos: el del tránsito entre el VI-V, su generalización en el IV y el que sigue al enfrentamiento púnico-romano de finales del III a.n.e, incidiendo en el mundo ibero-romano, un ámbito, por cierto, de creciente interés. Ciudadelas, fortines, torres, plazas fuertes y casas son profusamente desplegados sobre una vasta geografía desde el noreste peninsular hasta la Alta Andalucía. Destaca, también, la profusión de ejemplos de arquitectura doméstica ibérica centrada en sus funciones espaciales, signos de la complejidad de la estructura social.

De la manifestaciones arquitectónicas de los vivos pasa a la del mundo de los muertos en su siguiente capítulo. Hace hincapié en incineraciones y ritualidad funeraria ibérica en la Alta Andalucía y sur de Tarragona hasta el Ebro, como signos evidentes de la generación de linajes y de los contactos inter-regionales identificables en los ajuares. Expresa “*el cierto grado de desconocimiento sobre las costumbres funerarias ibéricas*” y ahonda en las deposiciones de indole infantil (Alcoy o Liria, entre otras). Insiste en la vinculación social-territorial de las necrópolis, y con las vías de comunicación, terrestres o fluviales. Reflexiona sobre las vinculaciones inherentes entre recursos mineros y arquitectura monumental funeraria, entendida como elemento de prestigio, relaciones exteriores y reelaboraciones simbólicas en su erección y posterior desmantelamiento, con las fracturas sociales y sistémicas que nos dejan entrever. Profundiza en las referencias a componentes de lo femenino, muy connotadas por el rango, por lo social y grupal.

No puede haber un mundo del más allá sin soporte ideológico. La inteligente afirmación de que desde la arqueología se puede decir *muy poco en lo que respecta a las creencias* (página 149), no le desvía, sino al contrario, de los análisis específicos. Así, incide en la relevancia de las cuevas y manantiales y de su vínculo con la naturaleza, como elementos asociados a lo cultural y refleja la importancia de los santuarios, interiores y litorales, como territorios demarcados en el sistema *oppida*. Los exvotos, su desarrollo y distribución, vestimenta, adornos, posturas y gestos..., etc. se vinculan a la comunicación con las “divinidades” de un panteón más desconocido aún que sus interlocutores humanos.

Dedica especial atención al componente productivo ibérico, que se configura sobre la base del desarrollo metalúrgico, dirigida por el *oppidum* (en zonas del interior), con un notable incremento de la producción agropecuaria y mejora de las técnicas aplicadas. También en cómo las relaciones comerciales se intensifican sobre la base de la navegación fluvial y marítima con el impulso de comerciantes extranjeros. No podía, tampoco, obviar la relevancia que tuvieron las emisiones monetales como elemento de prestigio, poder y propaganda oficial a través del comercio, y su intrínseca relación con acontecimientos determinados y con gobiernos de una u otra índole, de diversos orígenes y devenires.

Las manifestaciones artísticas, como, entre otros, sus sistemas de imágenes, son tratados en el capítulo octavo, penúltimo de la obra. Expresa el profundo debate historiográfico sobre el “valor y origen” de las manifestaciones artísticas, escultóricas, arquitectónicas y pictóricas, incidiendo en su profunda originalidad y en lo inapropiado de analizarlas en comparación con el arte greco-romano. Se hace patente el interés por liberar el arte ibérico de ataduras classicistas y difusionistas, en una demostración más de la profunda vinculación de la obra con una reflexión historiográfica necesariamente ligada a lo metodológico.

La diversidad y visiones del proceso de romanización desde la Ilustración facilitan al lector de nuevo el tomar conciencia de la “no inocencia” de la Historia y de los posicionamientos de los historiadores en sus perspectivas sobre los profundos cambios que conlleva la implantación de Roma en la organización social, territorial y jurídica e incluso en la propia construcción identitaria de lo ibérico a cargo de los autores greco-romanos. No es este capítulo una recopilación, un resumen o un epílogo de la cultura ibérica, sino que, más bien, lo que la autora retrata es la generación y asimilación de nuevas formas sociales y de expresión en lo identitario. Se proyecta todo ello en nuevas formas artísticas, relaciones sociales, concepción territorial y papel de los *oppida* y por ende del territorio, correspondientes con el nuevo orden social y económico generado.

La obra trasluce fresca y novedosas miradas a la cultura ibérica. Es aglutinadora, completa en su planteamiento, desarrollo y aporte de datos, ya sean historiográficos, documentales o arqueológicos. Carmen Aranegui nos trae en ella una completa visión de la cultura ibérica, de cómo se ha estudiado e investigado, de los avatares en su consideración dentro y fuera de nuestras fronteras. Visiones pretéritas y presentes en un *continuum* en el que con frecuencia han estado presentes imágenes muy contrastadas de las *esencias patrias*. Supone una síntesis brillante del mundo ibero y sus avatares historiográficos, un obligado referente para estudiantes y estudiosos, del todo comparable a lo que supusieron hace casi cincuenta años la monografía de Arribas Palau y hace casi veinte años la de Arturo Ruiz y Manuel Molinos.

FRANCISCO JAVIER MEDIANERO SOTO

GREGORIO CARRASCO SERRANO (coord.), *La ciudad romana en Castilla-La Mancha*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, col. Estudios, n. 134, 2012. 413 pp.

El lógico punto de partida para llevar a cabo un estado de la cuestión de casi cualquier argumento suele ser la celebración de un encuentro en el que se den cita los principales especialistas y/o conocedores de los diferentes aspectos más o menos generales así como de los casos de estudio correspondientes. Así ocurre en el volumen que aquí se reseña, fruto, como se nos indica en la introducción (p. 13), de un coloquio que, con idéntico título, tuvo lugar en la Facultad de Letras de Ciudad Real, en 2010, a iniciativa del Área de Historia Antigua. Este tipo de trabajos tienen aún mayor sentido en las recientes coyunturas que nos han tocado vivir, en las que, de manos de una intensa ocupación de los territorios propiciadas por dinámicas tantas veces ajenas, se han multiplicado intervenciones arqueológicas preventivas y labores de prospección, poniendo a disposición cantidades ingentes de información que ahora se hace necesario procesar.

Esta iniciativa debe enmarcarse, además, en un interés del coordinador, G. Carrasco Serrano, por poner orden en el panorama de la antigüedad en los territorios que hoy corresponden a la Comunidad manchega. De hecho, el presente volumen dedicado al fenómeno urbano es el tercero de una serie –publicada por la Universidad de Castilla-La Mancha– que ya abordara, primero, los pueblos prerromanos [G. Carrasco, (coord.), *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha* (Cuenca 2007)], en un segundo momento, la romanización [G. Carrasco (coord.), *La romanización en el territorio de Castilla-La Mancha* (Cuenca 2008)]. Sin duda alguna, estos trabajos están permitiendo renovar, en buena medida, el conocimiento, un tanto disperso y fragmentario, que hasta el momento se poseía de las dinámicas de ocupación y poblamiento de esta extensa área en época antigua, entendidas éstas como fenómenos de largo recorrido y profundas transformaciones.

A su vez, tienden a desaparecer de nuestro panorama bibliográfico –aunque en principio haya sido por motivos curriculares– las actas de congresos y reuniones que reproducían de manera fiel los contenidos de los correspondientes encuentros. Esto ha permitido dotar a las monografías de mayor coherencia, incorporando trabajos necesarios que en su momento no estuvieron presentes y, lo que es más importante, dotar a las obras finales, en la medida de lo posible, de una estructura mejor definida de acuerdo a aspectos temáticos, cronológicos, geográficos, etc. Este pequeño esfuerzo habría sido esperable en el volumen que tenemos entre manos; una mejor definición de criterios a la hora de organizar sus contenidos así como el concurso de otros trabajos que hubieran permitido equilibrar aspectos tales como las relaciones ciudad-territorio o el tratamiento de los antecedentes protohistóricos en cada una de las áreas/ciudades abordadas. Especialmente en este último caso, en la medida en que sólo es posible entender las opciones romanas para la ocupación de los territorios y las estrategias empleadas para ello a través del conocimiento de las realidades previas y la evolución subsiguiente, los trabajos dedicados a estos procesos de transformación y continuidad deberían quizá haberse situado entre los primeros; es el caso del firmado por A. Lorrio (pp. 225-286), a pesar de limitarse a las ciudades de *Segobriga* y *Ercauica*. En la misma línea, sorprende el hecho de no haber optado ni por agrupar los estudios de carácter territorial (provincias de Ciudad Real y Toledo) ni de los territorios y sus ciudades (*Toletum* y la actual circunscripción). Se echa asimismo en falta un mapa general de localización de los diferentes núcleos y enclaves abordados en los textos, fundamental para una lectura de los trabajos en clave territorial; quizá, habría cabido esperarlo en la aportación de L. Curchin, encargado de la presentación global del argumento. Todo ello, por supuesto sin restar valía a los diferentes trabajos individuales, sí dificulta la comprensión de la problemática general y diluye en cierta forma los objetivos perseguidos de caracterización del fenómeno urbano romano en un vasto territorio.

En ese sentido territorial y aunque nos consta que es una práctica muy generalizada, en gran parte de los casos impuesta por condicionantes administrativos e incluso académicos, habría sido quizá más adecuado evitar igualmente el empleo de divisiones administrativas actuales. Si bien éste es un recurso casi obligado cuando se llevan a cabo estudios de carácter diacrónico de largo recorrido, con una posible gran variabilidad de confines entre unos periodos culturales y otros, en esta ocasión cabría esperar un mayor esfuerzo en definir las fronteras para época romana en el área y haberlas empleado en las diferentes aproximaciones al discurso. Ello se hace incluso más acusado al entrar en los

diferentes trabajos del volumen donde se mezclan, de acuerdo al criterio de los diferentes autores, estudios dedicados a provincias actuales (e.g. Toledo, J. Mangas; Ciudad Real, G. Carrasco) con el análisis de áreas culturales (sur de la Celtiberia, J. M. Abascal y M. Almagro), geográficas (Meseta sur, A. Lorrio, J. Velaza) y de ciudades antiguas concretas (*Toletum*, J. M. Blázquez; Tolmo de Minateda, L. Abad y R. Sanz; *Valeria*, E. Gonzalves y *Segobriga*, J. M. Abascal y M. Almagro Gorbea).

En cualquier caso faltaba, en efecto, en la literatura científica hispana una revisión del fenómeno urbano de buena parte de la Meseta, territorio un tanto maltratado por la investigación, ante la imposibilidad, en muchas ocasiones, de otorgarle una personalidad propia quizá mejor definida para los territorios circundantes. De hecho, lo que tradicionalmente se conoce de las estrategias de ocupación romana de estos territorios se limita, casi en exclusiva, a un puñado de ciudades, entre las que destacan *Ercauica*, *Valeria* y *Segobriga*, objeto, con mejor o peor suerte, de investigaciones en tiempos recientes. Todo parece indicar que en este ámbito territorial, especialmente como fundamental nudo interior de comunicaciones terrestres, primó el hábitat disperso, y que fueron escasos –debido a su carácter de *oppida* en altura– los asentamientos prerromanos que contaron con condiciones favorables para perpetuarse en momentos posteriores como núcleos de primer orden. Por este motivo y, a falta de avanzar en coyunturas macroterritoriales, en la Meseta más que en casi ninguna otra región, se hace preciso, al menos, comenzar analizando con detenimiento la vocación de cada una de las ciudades promocionadas o de nueva creación: el control y explotación de recursos naturales, el paso estratégico en vías de comunicación fluvial o terrestre o la coerción de poblaciones se encuentran entre las motivaciones más verosímiles.

Al margen de lo anterior, esta útil y necesaria puesta al día supone, sin duda alguna, un excelente punto de partida para seguir profundizando en la aún poco definida caracterización urbanística de estos territorios, así como de su evolución en el tiempo. Así, L. A. Curchin (pp. 15-28) insiste en el cambio de estrategia que se observa en la práctica totalidad de las *urbes* con respecto a sus supuestos antecedentes prerromanos. No es posible, sin embargo, aventurar en qué medida tras estos traslados, en ocasiones de apenas escasos kilómetros, existieron verdaderos proyectos de sinecismo o una mera adaptación interesada a las nuevas necesidades y estrategias propiciadas por el orden romano. Ello, en cualquier caso, redundaría en el protagonismo que en muchas de estas ciudades –atesado, fundamentalmente, a través de la epigrafía, como sintetiza J. Velaza en su trabajo conclusivo– parecen haber jugado las propias aristocracias locales de origen peregrino; quizá uno de los ejemplos más célebres sea el de *Spantamicus*, uno de los promotores de la monumentalización del foro de *Segobriga*, tal y como hizo constar en la monumental inscripción en *litterae aureae* (pp. 314-316, fig. 10) sobre el pavimento. Así pues, nuevas familias itálicas atraídas por los recursos de los nuevos territorios –fundamentalmente mineros y agrícolas–, así como miembros de las elites prerromanas no dispuestos a perder su tradicional protagonismo, se dan cita en estas ciudades en una combinación mucho más rica y compleja de lo que las dinámicas de “romanización” tradicional han tendido a reconstruir.

De hecho, la epigrafía es, sin duda, uno de los instrumentos que en estos territorios ofrecen mayores posibilidades para la identificación de núcleos de población de diferente rango, muchos de ellos aún no localizados con total fiabilidad. Así queda de manifiesto en los recorridos que realizan G. Carrasco para la provincia de Ciudad Real o J. Mangas

para la de Toledo, tras la pista de comunidades como *Laminium* (pp. 29-36), *Mentesa* (pp. 36-37) o la *ciuitas Bercicallia* (pp. 211-212), entre otras. En ese sentido destaca el interés de los diferentes autores por clarificar y valorar en su justa medida la información disponible, a fin de reconocer en los diferentes topónimos recogidos en textos e inscripciones enclaves de diferentes categoría jurídica y función territorial y administrativa; buen número de ellos cabe ser interpretado como meras *mansiones* en la desarrollada red viaria del corazón peninsular.

En este panorama, de urbanización más que limitada, sorprende el complejo y desarrollado urbanismo de ciudades como *Libisosa*, *Valeria* o *Segobriga*, abordado, respectivamente, por J. Uroz, E. Gonzalbes y J.M. Abascal y M. Almagro-Gorbea. En el caso de la última, además, se incorpora un segundo trabajo de R. Cebrián producto de una interesantísima línea de investigación para la que el registro de la ciudad está ofreciendo enormes posibilidades: el análisis de las piedras ornamentales empleadas en diferentes edificios y episodios de su monumentalización. Aquí cabe aludir al esfuerzo editorial que ha permitido reproducir a todo color las imágenes que lo ilustran, en todos los casos diferentes variedades de *marmora* policromos de diferente origen procedentes de los programas de edificación pública segobricense. Al respecto de estos estudios de casos abordados de forma monográfica en el volumen, y aunque damos por hecho que existirá una más que segura razón de peso para ello que se nos escapa, sorprende la notable ausencia de una contribución dedicada a la ciudad de *Ercauica*, en el actual término de Cañaveruelas, provincia de Cuenca. En ella, como en las primeras citadas, también recientes campañas arqueológicas están permitiendo una cada vez más completa aproximación a las profundas transformaciones sufridas por la topografía previa a fin de adaptarla a las nuevas necesidades de la urbanización romana.

En resumen, el volumen, por tanto, cabe ser valorado como un relevante hito en un estadio de la investigación muy concreto: el que pone a nuestra disposición retazos de la historia de la presencia romana en los territorios de la Meseta sur sin que, lamentablemente, todos ellos casen entre sí, y sin que se encuentren en un mismo estado de conocimiento. Ello da como resultado un panorama un tanto desigual y que todavía con dificultad nos acerca a una visión macroterritorial de conjunto. No obstante, están ya sobre la mesa algunas de las problemáticas urbanísticas y de estrategia ocupacional más importantes: la consolidación del fenómeno urbano en estos territorios a lo largo del siglo I d.C., con las dos importantes pulsiones que suponen el gobierno augusteo y el de los flavios, concluyendo la centuria; la importancia de los recursos naturales y el valor estratégico como eje de comunicación entre el Levante y las tierras del interior, como vía de salida de minerales, *lapis specularis* o preciados productos agropecuarios. Comienzan así a sentarse las necesarias bases de conocimiento que, en un futuro quizá no muy lejano y esperemos que por parte de los mismos agentes, los compañeros de la Universidad de Castilla-La Mancha, permitan aproximarse a estos territorios con una mayor perspectiva, permitiendo identificar dinámicas de mayor recorrido, superando así las carencias que hoy impone el desequilibrio en el registro disponible.

OLIVA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ

CATHERINE COLLOBERT, PIERRE DESTRÉE, FRANCISCO J. GONZÁLEZ, *Plato and Myth. Studies on the Use and Status of Platonic Myths*, Leiden/Boston, Brill, 2012, 476 pp.

El número trescientos treinta y siete de la colección de *Supplementa* de la revista *Mnemosyne* recoge, en su mayor parte, las contribuciones de una conferencia que tuvo lugar en la Universidad de Ottawa durante el mes de mayo de 2008, en el seno del Research Group of Hellenistic Thought. Se trata de un volumen cohesionado, cuyos contenidos –contrariamente a lo que a veces sucede en obras colectivas– describen un programa coherente y bien articulado. Una intensa labor de coordinación editorial es patente en la uniformidad y disposición de los diferentes trabajos: los cuatro años que han mediado entre la celebración del congreso que dio origen al libro y la publicación del mismo no han transcurrido, pues, en vano.

La publicación, bien estructurada, cuenta con índice, listado alfabético de autores, agradecimientos y nota previa; introducción a cargo de los tres editores; veinte contribuciones reunidas en dos secciones; una bibliografía general que agrupa las referencias de todos los capítulos, y un *index locorum*.

Como puede inferirse del título, el eje central de la temática abordada lo constituye el mito platónico, una fuente de discusión inagotable que se remonta a los orígenes de la exégesis llevada a cabo por los comentaristas neoplatónicos. En esta ocasión, los problemas que suscita la interpretación de los mitos intercalados en los diálogos serán tratados en el seno de la compleja relación entre filosofía y literatura que tiene lugar en la obra de Platón, y que se refiere no únicamente a la superposición de lo literario y lo filosófico en la estructura composicional de los diálogos, sino también a la aparente contradicción que se genera entre el estatus concedido a la poesía y los poetas en la cosmovisión platónica, por un lado, y el propio ministerio literario del autor, especialmente en lo que respecta a la inclusión de los mitos en la exposición dialéctica, por otro. Pues, como advierten los propios editores en la introducción, “Plato’s philosophy in effect presents itself as a poetic philosophy. Plato is a writer in the literary sense of the word” (p. 1).

La primera parte del libro, titulada “Reflections on the Nature of Platonic Myths”, contiene seis capítulos que abordan la cuestión del mito de forma general, desde diferentes perspectivas. Son las contribuciones de Glenn W. Most, Monique Dixsaut, Harold Tarrant, G. R. F. Ferrari, Catherine Collobert y Pierre Destrée. Salvo en la primera de ellas, cuyo propósito es explícitamente metodológico, el corte general de las aproximaciones de esta sección –como también en las demás– es marcadamente filosófico.

La contribución que abre la primera parte –Glenn W. Most, “Plato’s Exoteric Myths”– tiene también carácter prolegómeno respecto al libro, pues contiene un ensayo de repertorio de los mitos del corpus platónico, elaborada a partir de ocho criterios a propuesta del autor, entre ellos algunos de tipo formal (carácter monológico, estructura narrativa, etc.), contextual (edad del personaje que introduce el mito) o referentes al propio contenido (referencia a una tradición oral).

De la aplicación de estos criterios se obtienen catorce mitos, cuya función puede explicarse, según Most, dado el carácter protréptico de los diálogos, que debían competir con otro tipo de escritos literarios sin duda más atractivos para el lector medio. De esta forma, el mito constituiría una figura propia de los escritos divulgativos destinados a

comercializarse –y así queda también constancia de que Aristóteles lo empleó en su obra perdida–, es decir, tendrían un carácter fundamentalmente exotérico.

Tras esta aproximación inicial, Monique Dixsaut –“Myth and Interpretation”–, plantea la pregunta de qué es el mito desde el ejercicio de la hermenéutica filosófica. Partiendo de la oposición entre mito y logos, “an unavoidable starting point” (p. 26), la autora expone que la interpretación de un mito, esto es, el descubrimiento de su significado, implica, en última instancia, la solución del enigma de la esfinge: la pregunta sobre el hombre, último tema del que tratan todos los mitos platónicos.

Harold Tarrant –“Literal and Deeper Meanings in Platonic Myths”– retoma la vieja teoría neoplatónica según la cual a cada narración mítica corresponde un correlato alegórico, y replantea la problemática de hasta qué punto ambas interpretaciones deben tomarse en consideración, o, por el contrario, solo debe atenderse al significado alegórico del mito, en detrimento del literal. Pese a tratarse de una cuestión espinosa que debe ser examinada individualmente en cada uno de los casos, el autor, en sintonía con la crítica moderna, aboga por una puesta en valor de la versión literal de los mitos platónicos. El mito, como se ha dicho tantas veces, es portador de un contenido misterioso que debe ser aprehendido mediante la asimilación creativa de su significado. Desde esta concepción, la imposición a priori de una interpretación decodificada obstruye el proceso de descubrimiento de la verdad encerrada en el mito a partir de la experiencia personal de su lectura. Pues los mitos, “as they are told, simple and unsophisticated, they retain the ability to become relevant to us by our rediscovering meaning within us” (p. 65).

La contribución de John Ferrari –“The Freedom of Platonic Myths”– aborda la oposición entre mito y logos a partir del eje de libertad creativa que articula la mayoría de los diálogos en dos niveles: el de Sócrates, como narrador del mito, y el de Platón, como demiurgo último de todo cuanto acontece en el diálogo. El autor hace hincapié en el hecho de que, para Platón, el empleo del mito responde más a una cuestión de forma que de sustancia y, en consecuencia, la frontera entre uno y otro pierde definición.

Esta interesante hipótesis de Ferrari plantea un acercamiento entre la dialéctica y el mito, no a partir de las propiedades filosóficas de este último, como viene siendo habitual en la crítica, sino a partir del carácter mítico de la propia exposición dialéctica, que, como todo lo que tiene lugar en el diálogo, forma parte de la ficción platónica. Esta idea se ve apoyada con una interesante reflexión sobre el carácter profundamente dramático de los diálogos platónicos, en los que la intervención de cada personaje ha sido cuidadosamente seleccionada para servir al propósito final de la obra: el triunfo dialéctico de Sócrates, como el auténtico protagonista de una epopeya filosófica.

Catherine Collobert –“The Platonic Art of Myth-Making: Myth as Informative Phantasma”– profundiza en la concepción platónica del lenguaje, y aborda la función del mito desde el carácter icónico que tiene el lenguaje mismo según la teoría platónica. En opinión de la autora, el mito constituye una estrategia de representación de la verdad filosófica. Su funcionamiento comparte, en esencia, la naturaleza mimética de las representaciones sofisticas y poéticas; pero se diferencia de ellas en un aspecto fundamental: al tener como modelo un conocimiento verdadero de la idea, la representación en sí misma carece de importancia, y su valor se concentra en el contenido que transmite. De ahí la presencia en los mitos de todo tipo de detalles que atentan contra la verosimilitud, la irrupción de lo fantástico; al contrario de lo que ocurre en la mimesis poética, donde la

propia representación en sí misma es *causa sui*, en el mito filosófico es lo evocado (pues su reproducción estricta es imposible) a través de él lo que justifica su existencia.

En la última de las contribuciones de la primera sección, Pierre Destrée –“Spectacles from Hades. On Plato’s Myth and Allegories in the Republic”–, reivindica el contenido emocional del mito, en oposición a su pura aportación intelectual como portador de un significado alegórico: “These myths, and images or allegories are also, and primarily, aimed at emotionally touching their audience, and therefore, as interpreters have traditionally said, [...] primarily addressed to the irrational part of the soul” (p. 111). Partiendo de esta concepción retórica del mito, el autor propone una interesante interpretación de los mitos de *La República* en términos que los relacionan con el *hic et nunc* de la Atenas del siglo IV, cuya clase dirigente, siempre según Destrée, está representada en el personaje de Glaucón. Los mitos del diálogo, por tanto, tendrían un efecto especialmente contundente sobre los lectores contemporáneos de Platón, que identificarían los escenarios alegóricos de los mitos de la caverna o de Er con realidades políticas y sociales de carácter cotidiano, lo que explicaría su presencia y su función en el aparato persuasivo de exposición de la teoría platónica.

Frente a estas seis primeras exposiciones que han intentado responder a la pregunta de qué es el mito desde diversos puntos de vista, las contribuciones de la segunda parte, titulada “Approaches to Platonic Myths”, restringen la perspectiva de aproximación al problema, centrándose cada una en un mito en particular, en forma de estudios de caso. Dos contribuciones están dedicadas al mito de Prometeo en el *Protágoras* (Claude Calame; Gerd Van Riel); otras dos a la descripción del inframundo proporcionada en *Gorgias* (Radcliffe Edmonds; Christopher Rowe); Elizabeth Pender trata específicamente el mito escatológico de *Fedón*; dos aportaciones (Annie Larivée; Francisco J. González) se ocupan del relato de Er en *La República*; tres contribuciones (Christopher Moore; Franco Trabattoni; Kathryn Morgan) analizan los diferentes mitos presentes en *Fedro*; la cosmogonía del *Timeo* ocupa otros dos trabajos (Elsa Grasso; Luc Brisson); las dos últimas contribuciones se encargan del complejo mito del *Político* (Christoph Horn) y de la posibilidad de interpretar en clave mítica la intervención délfica en la *Apología* (Louis-André Dorion).

No es posible, por razones de espacio, detenerse pormenorizadamente en todas estas aportaciones, sino solo apuntar brevemente algunas características sobresalientes.

En primer lugar, el hecho de que esta sección aglutine estudios focalizados en un mito particular del corpus platónico no implica en grado alguno el abandono o descuido del problema abordado en general en todo el libro: el del estatus de veracidad del mito, los límites de su interpretación y el significado de su oposición al concepto de logos. En este sentido, los trabajos de los helenistas Christopher Rowe –“The Status of the Myth of the Gorgias, or: Taking Plato Seriously”– y Luc Brisson –“Why is the Timaeus Called and Eikôs Muthos and an Eikôs Logos”– son magníficos ejemplos de cómo puede abordarse el estudio de un problema general que afecta a la composición de todo el corpus platónico a partir de la evidencia de un solo mito y sus implicaciones.

En segundo lugar, el doble tratamiento del mismo mito por aportaciones de diferentes autores contribuye especialmente a valorar la importancia de los múltiples enfoques en el análisis de un mito, al tiempo que ofrece un retrato más sólido y enriquecedor de la múltiple realidad de los significados que el mito es capaz de evocar, así como los

correspondientes problemas que suscita. Las contribuciones de Claude Calame –“The Pragmatic of “Myth” in Plato’s Dialogues: The Story of Prometheus in the Protagoras”– y Gerd Van Riel –“Religion and Morality: Elements of Plato’s Anthropology in the Myth of Prometheus”– enfrentan el mito del Protágoras (un contexto especialmente fructífero y complejo para la reflexión acerca de la diferencia entre mito y logos) desde perspectivas muy diferentes: su marco contextual, y de ahí su función pragmática, por un lado; sus implicaciones de cara a la investigación antropológica de la presencia de lo religioso y lo político en el ser humano (también en comparación con otros mitos platónicos paralelos, como el de *Leyes*), por otro.

Al completo análisis de las secuencias míticas que ofrecen las contribuciones específicas de la segunda parte del volumen, solo puede reprochársele la inexplicable ausencia de alguna dedicada al tratamiento de los mitos eróticos del *Banquete*, que sí aparecen recogidos en el catálogo inicial de Most (p. 24). Su análisis hubiera aportado, sin duda, consideraciones relevantes respecto a la problemática estudiada a lo largo toda esta sección.

Desde el punto de vista material de la edición, las páginas del libro dan muestras de la minuciosidad y pulcritud que caracterizan los *Supplementa* de *Mnemosyne*. Por otra parte, como se adelantó al comienzo de esta reseña, el evidente esfuerzo de los editores por lograr un volumen congruente se ha visto plenamente satisfecho en la articulación de los contenidos, y en no menor medida en la disposición formal de los mismos. El único defecto criticable a esta labor de edición es, quizá, la decisión de los editores de emplear de forma casi sistemática la transcripción del griego (solamente ciertas notas a pie de página recogen pasajes originales sin transcripción). Si bien los editores exponen en una breve nota inicial su propósito de evitar el alfabeto griego, con vistas al posible interés de “those who are not specialists in either Ancient Philosophy or Classical Studies”, resulta difícil imaginar que las sesudas y altamente especializadas contribuciones del volumen puedan atraer la atención de un público que sea completamente ajeno a la escritura griega; y aunque así fuera, no parece que los pasajes transcritos puedan ser de mayor utilidad a estos lectores de lo que lo serían los originales, escritos con las mismas letras con que Platón los concibió.

Por último, no queda sino recomendar la lectura del libro a todo el que esté interesado en la exégesis platónica en general, y en el problema del mito en particular. Sus páginas son el mayor testimonio de la plena vitalidad de los temas que se trataron en esos diálogos por primera vez.

RODRIGO VERANO

PAOLO CUGUSI, *Carmina Latina Epigraphica Hispanica post Buechelerianam collectionem editam reperta cognita (CLEHisp)*. Faenza, Fratelli Lega, 2012, 252 pp.

El estudio de los *Carmina Latina Epigraphica* (CLE), cuyo auge cobró cuerpo a partir del momento en que F. Bücheler editara su primera antología (1897), ha tenido un verdadero despegue en la década de los 2000. En lo que concierne a los de Hispania, un Grupo de Investigación formado por quince profesores de distintas Universidades españolas, coordinado primero por Joan Gómez Pallarès (UAB) y por Concha Fernández (US) más tarde, subvencionado por cuatro proyectos sucesivos I +D +i, amén de otras ayudas

de la Generalitat de Cataluña, ha finalizado en la Navidad de 2012 el primer fascículo del que será un nuevo volumen del *CIL*, el XVIII, dedicado exclusivamente a los CLE. Redactado en latín, y por primera vez en inglés, el corpus de inscripciones en verso de Hispania se encuentra ya en la Academia de Berlín-Brandeburgo, en la sede del *CIL*, y pronto verá la luz. La inversión ha sido grande. Han sido muchos años de trabajo, en los que se han realizado numerosos viajes a los lugares de conservación para hacer autopsia de los soportes, fotografía de los mismos, estudio de los textos, de las fuentes, de la bibliografía; en los que ha habido numerosas reuniones del equipo para la valoración y discusión de todos los materiales obtenidos.

Testimonio de todo este trabajo son las diversas monografías, las numerosas publicaciones en revistas especializadas, las minuciosas fichas que incluyen la descripción y localización actual de las piezas, la edición crítica (en algunas ocasiones contienen variantes muy significativas, o material no editado anteriormente como poético o métrico), el comentario lingüístico, métrico y literario, la traducción, cronología, etc. Asimismo, el Grupo ha generado un portal accesible a los investigadores (www.clehispaniae.com), donde se encuentran colgadas tanto las fotos como las *schedae* redactadas en latín, y también en español e inglés, que permiten realizar búsquedas complejas a partir de una palabra, un tipo de soporte, un tópico literario, una cronología concreta, etc. En total 250 CLE trabajados con gran mimo, casi con criterio artesanal.

En medio de este gigantesco trabajo, bien conocido por el profesor Cugusi, pues ha participado en la década de los 2000 en cuatro seminarios de trabajo en España sobre CLE, invitado por el Grupo de Investigación del *CIL* XVIII/2, asoma su testuz un libro redactado totalmente en latín por Paolo Cugusi, catedrático de Literatura Latina de la Universidad de Cagliari, con la ayuda de la profesora M^a Teresa Sblendorio Cugusi, culminando así una trayectoria personal de muchos años, desde que en 1986 publicara sus *Aspetti letterari dei Carmina Latina Epigraphica*. En efecto, podemos ver en la bibliografía su dedicación al tema y su incansable producción (pp. 30-34; 45 títulos), incluyendo algunos corpus más, como el de *Sardinia* (2003), o el de las provincias de África (2012). Pero en la obra del profesor Cugusi se trasluce más su experiencia en la literatura latina, de la que es docto profesor, que en la epigrafía. Este dato, que podría parecer intrascendente o banal, no lo es tanto. Acercarse a un texto epigráfico a partir de una edición anterior, como si fuera un texto literario más, tiene no pocos riesgos. No es necesario explicar aquí las diferencias esenciales entre un texto literario y otro epigráfico, y cómo la afortunada circunstancia de conservar los originales nos permite analizar los soportes, comprobar lecturas, etc., situándonos de este modo en el espacio y el tiempo. Editar el texto sin ver la pieza, a veces ni la foto, es adentrarse en arenas movedizas... Sobre todo en la reconstrucción de lagunas de textos fragmentarios, primero porque si el *carmen epigraphicum* tiene ecos de un poeta, normalmente se inspira en él, pero no necesariamente lo reproduce al pie de la letra (n^o 149); y segundo porque a veces los CLE, fruto de poetas anónimos no consagrados, tienen errores que el erudito tiende a eliminar o subsanar.

La obra es una vasta recopilación de material sobre CLE en Hispania desde la publicación de F. Bücheler (1897), si bien adolece de no ser sistemática ni completa, carece de descripción de las piezas y ni siquiera aporta ilustraciones que faciliten la comprobación de las lecturas. Por todo ello, quizás lo primero que debemos preguntarnos es la finalidad del libro. ¿A quién va dirigido? ¿Por qué precisamente los de Hispania? ([...] *statui*

post multos labores maximasque curas impensas ab Hispanicis incipere, p. 5). Sobre todo, ¿por qué ahora en que existe ya una edición realizada con criterios científicos que pronto estará en la calle? Un libro heredero directo de F. Bücheler no parece útil cuando a lo largo de más de cien años el método ha evolucionado bastante.

Pese a ello es justo mencionar la meritoria labor de haber reunido tanto material. Ello supone la paciencia de un relojero que va encajando piezas poco a poco, si bien hoy día con los datos colgados en la red la técnica del fichero va quedando ya superada.

El texto tiene dos partes bien diferenciadas, lo cual ni es práctico ni se entiende muy bien cuál puede ser el objetivo de esa división. En la primera (pp. 47-121) presenta 182 inscripciones (no 181 como dice él en la *praefatio*, ya que existen la 53 y 53bis); en la segunda (pp. 129-203) hace un comentario de esas mismas 182 inscripciones, lo cual hace del libro un objeto incómodo de manejar. ¿Por qué no toda la información junta?

En cuanto a los textos, ni son todos los que están ni están todos los que son. En efecto, no todas las inscripciones que el autor incluye son métricas. Algunos textos, en estado muy fragmentario, pueden contener una palabra asimilable a un ritmo yámbico o trocaico, pero deducir de ahí que esa inscripción de la que se conservan muy pocas letras fuera un *carmen*, parece muy arriesgado. Así, el nº 1, una inscripción de *Italica* del s. II a.C., cuyo texto no permite conjeturar que esté constituido por senarios yámbicos. Del mismo modo, con la secuencia *victus ero* parece atrevido hablar de ritmo dactílico (nº 13), así como confirmar que en [--- *ossa*] *quiescunt* (nº 20) hay un ritmo incierto, dactílico o yámbico. Haría falta hacer autopsia de la pieza, observar la *ordinatio*, ver la cronología, el tipo de inscripción, etc. Y es que un texto no es métrico porque así lo conjeture un epigrafista o un sabio latinista, sino porque su ritmo se integra en los esquemas métricos que los poetas latinos adoptaron en su producción poética. Resulta extraño, por ello, que a lo largo de todo el libro el autor no presente ni un solo esquema métrico de las inscripciones que está editando y comentando, que en los casos dudosos o muy dudosos hubiera sido decisivo.

Por otro lado habría que cuestionarse si una fórmula como *t(e) r(ogo) p(raeteriens) d(icas) s(it) t(ibi) t(erra) l(evis)* completamente abreviada constituye un *carmen*. En este sentido habría que suprimir los nº 2, 3, 49, 64, 80 de esta antología, frente a los nº 9 y 58, donde la fórmula en *scriptio plena* y a veces combinada y sumada a otros versos parece anunciar cierta intención poética y superación de la mera fórmula.

Las inscripciones se subdividen en tres secciones. El primer apartado es: A. *Carmina latina epigraphica quae iure dici possunt*, donde se estudian 154 supuestos CLE. Mérito del autor es incluir algunas, como el mosaico de Perreitas (nº 85), con ritmo dactílico y al que le falta solo un pie para ser hexámetro correcto, cuyo carácter métrico no se había reconocido hasta ahora. La inclusión de una serie de grafitos con inscripción, recogidos de distintas publicaciones de M. Mayer, parece en todo caso oportuna (nº 99-101). La consideración del texto de *Corduba* (nº 27A y 27B), dividido en dos columnas, como dos inscripciones distintas, es razonable. Algunas inscripciones que no habían sido bien editadas han sido parcialmente mejoradas por el autor, como por ejemplo la nº 91, de *Segobriga*, donde para el primer verso sugiere [*perd*]olet mejor que [*d*]olet como inicio de hexámetro, si bien es un verbo muy poco usado y quizás sea preferible conjeturar [*quae d*]olet o [*iam d*]olet. O bien en la l. 11 de esa misma inscripción, para la que propone una lectura *tum clavi... mihi nedum tolerabilis ulli*, lectura por otra parte mejorada a partir

de la última autopsia realizada en febrero de 2013 por R. Hernández, C. Fernández y por nosotros mismos.

Pero en este apartado entran algunos que —como veremos— no creo que puedan llamarse *carmina* “por derecho”. Entre ellos el nº 148, (*decies*) *vi(ctor) / aram Victo(r) / pr(o) vo(to)*, procedente de la zona de *Brigantium*, que él considera senario yámbico, pero que ya fue rechazado por nosotros mismos en un artículo de 2002 (*Asta ac pellege*, p. 161). Aparte de la métrica, una de las dificultades para considerar ese texto como *carmen* es la presencia de abreviaturas, ya que las inscripciones métricas escriben su texto en *scriptio plena*. Otro que debe rechazarse es el nº 151, procedente de las proximidades de Lugo, donde en *Lucoubu / Arquiēni / Silonius / Silo / ex voto* quiere ver un hexámetro dactílico (¡). Es muy sorprendente que un texto votivo con nombres propios y una fórmula pueda reducirse a un esquema métrico; desde luego, en los casos en que así sea, deberemos pensar en una casualidad. Como él mismo reconoce a propósito de otra inscripción, nº 129, con ritmo yámbico *ut videtur, sed nescio an fortuito*.

Completamente dudosa es la metricidad del texto del mosaico de Puente Genil (nº 37), donde reúne como septenarios trocaicos las breves frases que aparecen repartidas en los distintos bocadillos de una escena satírica de grullas y enanos.

Para la nº 83 debería leer *M(arcus) Sem(pronius)* mejor que *m(ensis) sem(is)* del primer editor y de Mariner en *IHV*. En cuanto al texto de São Miguel da Mota (nº 84), como ya apuntó M. M^a Alves, no todos los fragmentos pertenecen al mismo epígrafe, habiendo al menos dos tipos de soporte y de escritura, como hemos comprobado nosotros mismos en el Museo de Lisboa, si bien parece que pertenecen no a dos sino a tres inscripciones distintas.

Desde luego los versos de la inscripción nº 120 no parecen senarios yámbicos, sino justamente del ritmo contrario; se trata de 3 septenarios trocaicos (cf. J. Siles y R. Hernández, “El epitafio dialogado *RIT* 668, nueva lectura e interpretación”, *Ager Tarracoenensis* 5. *Actes del Simposi Internacional L'ager Tarracoenensis. Paisatge, poblament, cultura material i historia*. 2013).

No parece que haya que aceptar como *carmen* la nº 125, cuya secuencia más larga es *febili*. El texto ya fue rechazado por J. Gómez Pallarès en *Poesía epigráfica llatina als Països catalans. Edició y comentari*. 2002. Tampoco la nº 141, de *Celsa*; ni la nº 143, de *Caesaraugusta*, que el autor considera compuesta de hexámetros y pentámetros intercalados. La nº 142, que el propio Hübner consideró falsa (*CIL* II *512), de interpretación muy difícil, debería pasarse como mínimo al grupo de falsas. Para el nº 149 es fundamental la nueva lectura y edición de E. Montenegro, «El *carmen epigraphicum* de Santa Eulalia de Bóveda (Lugo) y los *loci similes* virgilianos: una aportación al *CIL* XVIII/2», *Espacio, Tiempo y Forma* I, t. 3, 145-160. Para el nº 152 hay nueva lectura en prensa de Del Hoyo-Carande-Hernández.

En un apartado B. *Carmina dubia*, introduce aquellos que son a) *commatica* y b) *Incerta, poeticum tantum colorem exhibentia*. En a) edita un *carmen* de tradición manuscrita (nº 162), en hexámetros, que no es *commaticum* por más que los versos tengan algunos problemas propios de la época tardía a la que corresponden. En b) incluye algunas inscripciones publicadas en la segunda mitad del siglo XX, que nada tienen que ver con un *carmen*, por ejemplo la nº 180: *Aqu(ei) navi/coli v(otum) Q(uintus) p(osuit) e(x)*

r(editu), que sigue dando como posible octonario yámbico (¡!), y que nosotros mismos en un artículo de 2002 (*Asta ac pellege*, p. 161), conocido pero no citado en bibliografía por los autores, ya dábamos como no métrico. No son métricos y deben rechazarse los textos 170 a 175, por más que este tenga una secuencia poética aislada [*rap]ta crudelibus fa[tis]*, pero ella sola no constituye ningún verso. Tampoco lo parece el 176 ni el 177 con un [*---asp]ice quod*, donde lo conjetural es más que lo conservado.

No entendemos bien por qué se establece un apartado C. *Aliena*, donde se incluyen auténticos *carmina*, algunos ya introducidos en los dos apartados anteriores, a los que les une su pertenencia a poetas como Virgilio (a, b, c, d). Así, el ladrillo de *Italica* (*Aen* 1,1-2), o el de Aceuchal —no Solana de los Barros— (*Aen* 5,1); el mosaico de Estada (*Aen* 2,234), nº 146; o la inscripción rupestre de Peñalba de Villastar (*Aen* 2, 268-269), nº 139; o bien de Ovidio (e), ya que reconoce en un vaso de *Baetulo*, nº 99, los versos atribuidos al pasaje de Acteón cuando descubre a Diana desnuda (*Tristia* 103-110), siguiendo el estudio de M. Mayer, en que a pesar del escaso texto conservado, la iconografía que acompaña a la inscripción puede ayudar a esa reconstrucción. Sobrantes parecen los textos f, g, h (p. 123), correspondientes a pasajes bíblicos inscritos en *tegulae*, pero prosaicos en todo caso. Más sorprendente sin duda es la inclusión de un palíndromo o cuadrado mágico (*Roma / olim / milo / amor*) de *Baelo Claudia* (p. 123), donde puede destacarse la curiosidad del epígrafe, pero no su carácter métrico.

En un apéndice coloca como quizás falsas tres inscripciones, el *carmen* de tres versos de *Ilipula*, con paralelo en *Capena* (CLE 591), y del que por error coloca el mismo *praescriptum* en prosa que la inscripción de *Capena*, cuando esta inscripción no tiene *praescriptum*; el de *Tucci* que ya Hübner consideró falso (*CIL* II *148); y la gema con un verso tomado de Virgilio (*Aen* 4,67). En todo caso habría que decir de esta última que es tardía mejor que falsa, y que parece un ejemplar del siglo XVIII.

Si bien el libro deja bien claro en el título que trata de recoger aquellos *carmina* que son *postbuecheleriana*, no habría estado de más, manejando la bibliografía como la ha manejado, introducir aquellos CLE cuyo texto ha sido mejorado a partir de una nueva autopsia, como el ara de León (CLE 1526 a,b,c,d, en nueva versión de J. del Hoyo, *Faventia* 24/2002, 69-98), o el CLE de Clunia, por ejemplo, que si bien fue editado como un *carmen* compuesto en septenarios trocaicos tanto por Hübner (*CIL* II 6338n) como por Bücheler (CLE 238), es una inscripción de la que hemos dado una lectura renovada, tratándose de ocho medios senarios yámbicos (*Habis* 34, 2003, 213-228). Del mismo modo CLE 1986, de San Miguel de Escalada, del que hemos proporcionado una lectura con muchas variantes respecto al texto de Fita adoptado por Bücheler (*Acta XII Congressus Internationalis Epigraphiae Graecae et Latinae* 2002, 735-740); o el CLE 1196, con nueva edición ya publicada (J. del Hoyo, *Homenaje a A. Stylow, Anejos de Arch. Esp. de Arq.* XLVIII. Mérida 2009, 177-186).

El libro se completa con una *praefatio* (pp. 5-24) que incluye una tipología de las inscripciones, un estudio de tópicos, de fuentes literarias, y de las principales características fonéticas y morfológicas, así como con una muy meritoria tabla que combina la cronología de los CLE estudiados con la distribución geográfica (¡ojó! la división en cinco provincias se lleva a cabo solo a partir de la reforma de Diocleciano, en que la producción de CLE decae). En la bibliografía se echa de menos haber incluido todas las referencias a inscripciones que el autor introduce en cada inscripción concreta, resultando así una

bibliografía partida. Del mismo modo, en la parte final se incluyen unos índices, y unas concordancias bibliográficas bastante completas. En cuanto a la cronología, el límite del año 711 es comúnmente admitido desde Th. Mommsen. Resulta extraño, por ello, que se haya establecido en esta obra el 525, por lo que no aparecen algunos *carmina* de finales del VI y de todo el siglo VII muy interesantes, como varios de Mérida.

Si bien no hay que obviar las meritorias aportaciones de este nuevo corpus de Cugusi, éstas no parecen tantas como para compensar las desventajas de una obra que siguiendo un método obsoleto no se encuentra a la altura de una edición de textos epigráficos bajo los estándares actuales. Por fortuna, en muy breve tiempo la publicación del fascículo *CIL XVIII/2* remediará las faltas con una edición óptima de los CLE de Hispania que, dicho sea de paso, bien se lo merecen.

JAVIER DEL HOYO

E. S. GRUEN, *Rethinking the Other in Antiquity*, Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2011, 415 pp.

Cuando los conquistadores españoles llegaron a América, se encontraron con unas comunidades indígenas en las que no dudaron en reconocer al Otro: antropófagos y amazonas constituían distintos reflejos del salvaje, un salvaje radicalmente distinto cuyo sistema de valores no era sino la inversión del propio europeo. Pero esta aseveración encierra sólo una parte de la verdad histórica. No siempre los indígenas americanos fueron concebidos en términos de una alteridad radical. No en vano la Corona Católica no tardó en declararlos súbditos, y los sacerdotes europeos se aprestaron a evangelizarlos. Y no en vano enseguida se construyeron diferentes “mitos” que hacían provenir a estos indígenas del mundo conocido, concibiéndolos como descendientes de griegos, fenicios o judíos. Se trataba de establecer lazos entre “Nosotros” y los “Otros”, de aproximar a los “Otros”, integrándolos en los esquemas propios de conocimiento (haciéndolos cognoscibles para conocerlos mejor, en definitiva), destruyendo una alteridad radical que no era operativa para interactuar con ellos.

Este tipo de reacciones identitarias es el que Gruen pretende investigar en lo tocante al Mediterráneo antiguo. Y es que, desde el célebre *Orientalism* de E. Said, texto seminal de tantas cosas, los estudios sobre identidades de las últimas décadas se han centrado fundamentalmente en el análisis de los discursos en clave postcolonial, desentrañando cómo construyen éstos la imagen del Otro como una inversión de la propia. Completando esta línea de investigación, J. M. Hall exploró los pilares en los que se basaban los procesos de etnogénesis griega antigua, en tanto que F. Hartog demostraba hasta qué punto lo que los autores clásicos describían sobre los “Otros” podía servir, por inversión, para entender sus propias concepciones culturales sobre sí mismos. A. Momigliano, sin embargo, ya reivindicó los intensos contactos culturales existentes entre las distintas culturas mediterráneas antiguas, contactos que sus propios protagonistas asumían y reivindicaban, en una tendencia que se consagró con la *Black Athena* de M. Bernal, y uno de cuyos últimos frutos ha sido el reciente libro de G. Woolf. Las civilizaciones en la Antigüedad no eran entidades estancas, sino que estaban profundamente interconectadas, interactuaban continuamente entre sí y se “repensaban” unas a otras, estableciendo fronteras culturales cuando les resultaba conveniente pero derribándolas cuando dejaba de

serlo. Ya I. Malkin exploró estos comportamientos en el mundo colonial griego, pero ha sido E. S. Gruen quien, últimamente, más ha explotado esta línea interpretativa, haciéndola extensible a diversas culturas de la Antigüedad.

En este sentido, el presente volumen pretende ser una demostración, ilustrativa pero no exhaustiva, de las posibilidades de esta aproximación al problema de las identidades antiguas. Tal y como el autor estadounidense demuestra, el mundo antiguo estaba interconectado, y los momentos en los que las diversas civilizaciones se concibieron a sí mismas como “puras”, autóctonas y aisladas fueron puntuales. En muchas ocasiones, para una comunidad social podía resultar beneficioso “descubrir” que uno de sus antepasados había fundado una ciudad en el otro extremo del Mediterráneo, o había dado origen a otro pueblo, o había enseñado filosofía a otras gentes. O, por el contrario, descubrir que había sido un extranjero quien había fundado la ciudad propia, había engendrado el propio grupo gentilicio, o había regalado a la comunidad con sus conocimientos. El racismo existía en la Antigüedad (como ya demostró B. Isaac), pero Gruen pone de manifiesto cómo en muchos casos las gentes de la Antigüedad admiraban a los pueblos vecinos, reconocían y valoraban sus logros culturales, e incluso trataban de adueñarse de parte del capital simbólico que dichos logros acarrearán. Un griego no era menos griego por aceptar que los fenicios habían ideado su alfabeto, ni un romano estaba negando su romanidad por rendir culto a Apolo. Simplemente, los procesos etnogenésicos no eran autogénicos, y los antiguos lo sabían, lo aceptaban y lo explotaban a través de la continua creación y reelaboración de mitos culturales.

El libro de Gruen se estructura a través de dos grandes bloques. El primero de ellos aparece dedicado a la manera en la que los diversos pueblos de la Antigüedad concibieron al Otro. “Concibieron”, o mejor, “fueron concibiendo”, pues, como el autor demuestra, las percepciones cambiaban continuamente según las épocas y los autores, y cualquier extrapolación en este sentido es peligrosamente simplificadora. La intención de Gruen es demostrar hasta qué punto la idea que generalmente aceptamos sobre el rechazo de los antiguos hacia los pueblos vecinos no es sino una construcción moderna, producto de extrapolaciones y lecturas sacadas de contexto. Desde luego, en determinados momentos se generalizaron estereotipos despectivos hacia los extranjeros, estereotipos que influyeron de manera importante en determinados autores clásicos y que seguramente se difundieron entre la sociedad y arraigaron durante siglos. Pero ello no obsta para que estos estereotipos puedan generalizarse como la única opinión (ni tan siquiera la más compartida) que una sociedad albergó sobre otra a lo largo de su historia. Si profundizamos en el tema, nos daremos cuenta de que la opinión de la mayoría de los autores sobre las otras civilizaciones de la Antigüedad es enormemente poliédrica.

Para demostrarlo, Gruen comienza por exponer un sorprendente análisis que trata de reconsiderar la alteridad radical entre griegos y persas desatada con las Guerras Médicas y en torno a la cual se viene defendiendo que surge la etnicidad griega. Según Gruen, ni siquiera en los *Persas* de Eurípides se establece una dualidad esencialista entre griegos y orientales a través de la cual éstos últimos sean menospreciados de manera reduccionista: los persas son un enemigo cuyas acciones equivocadas han ofendido a los dioses, y su desastre final regocija a la audiencia, pero no por ello dejan de ser reconocidos como hombres, sujetos a las mismas leyes, pasiones y vicios que los griegos. Una actitud similar encontramos en Heródoto, quien más allá del esquema de confrontación entre griegos y “Oriente” del que se sirve para estructurar su obra, no esconde su admiración por

determinados aspectos de la cultura persa, ni soslaya los sólidos lazos histórico-míticos que han unido a ambos pueblos en el pasado. Incluso en lo que respecta a la plástica griega, no puede apreciarse una alteridad radical entre griegos y persas, pues estos segundos no aparecen representados de manera despectiva, y de hecho numerosos autores clásicos nos hablan del aprecio que los propios persas tenían por el arte griego. La *Cyropaedia* de Jenofonte, por su parte, es un claro ejemplo de un autor griego ponderando los triunfos y fracasos de la civilización persa, y no constituye según Gruen una lectura de una sociedad en decadencia, como habitualmente se acepta, sino más bien una descripción de una cultura admirable en sí misma pero que se ve aquejada por vicios contingentes. Por último, la postura de Alejandro hacia los que pronto fueron sus súbditos persas no deja lugar a dudas en este sentido, y aunque fue criticada por algunos de sus contemporáneos, también fue alabada por otros, insertándose en la tradición intelectual griega de la que venimos hablando.

Por lo que se refiere a Egipto, su evocación fascinó tradicionalmente a griegos y a romanos, como nos fascina hoy día. Heródoto, por ejemplo, defiende la primacía egipcia de muchos logros culturales de enorme calado, asume la gran antigüedad y prestigio de los conocimientos egipcios, y trata de explicar desde la racionalidad griega aquello que de la civilización egipcia podía parecer más inusual o reprochable, como el supuesto culto a los animales. Un discurso similar mantendrá Diodoro de Sicilia cuatro siglos después, concluyendo que pese a las apariencias la civilización egipcia no es tan distante de la grecorromana, y estableciendo una conexión directa entre determinadas instituciones, mitos, divinidades y tradiciones egipcias con las mediterráneas. Este esfuerzo por comprender mejor a los egipcios y esta admiración por su conocimiento se desprende de otros muchos autores, desde Isócrates a Plutarco, pasando por Estrabón.

Igualmente sorprendente resulta el análisis que Gruen hace de la percepción que Roma atesoró sobre Cartago. Si ya otros historiadores habían señalado la buena estima que diversos autores griegos de época clásica y helenística tenían de fenicios y cartagineses (el caso de Aristóteles resulta paradigmático), más llamativo resulta comprobar, como hacemos gracias al pormenorizado recuento de Gruen, cómo los primeros historiadores romanos, tales como Fabio Píctor, Catón o el propio Polibio, no cayeron en la denigración esencialista del cartaginés, sino que nos ofrecen una visión compleja del enemigo vencido, cuya cultura era estimada siglos después de su desaparición. El concepto de la *Punica Fides* como resumen perverso del sistema de valores cartaginés, por contraposición a la *uirtus* romana, nació bastante más tarde, y de hecho nunca llegó desarrollarse más que en determinados sectores de la intelectualidad.

Los siguientes tres capítulos del volumen reseñado corresponden con otras tres descripciones clásicas de los pueblos “periféricos”. La visión que César nos ofrece de los galos, la postura tacitea respecto de los germanos, y la opinión que a este último autor le merecen los judíos no puede calificarse simplemente de despectiva, sino que en los tres casos los autores romanos construyen su discurso de la alteridad combinando aspectos positivos y negativos, sin caer en el rechazo que de manera reduccionista en ocasiones se les supone.

Finalmente, el primer bloque de este libro se cierra con un lúcido estudio sobre la imagen que de las personas de raza negra se forjó entre las civilizaciones clásicas. Así, las distintas fuentes textuales e iconográficas nos demuestran cómo los etíopes eran

considerados un pueblo de gran sabiduría, elevada moral y gran piedad, sin que sus características fenotípicas, consideradas una adaptación al medio físico en el que habitaban, fueran óbice para ello. Desde luego, también en algunos contextos se elaboraron sátiras contra los negros, pero en ningún caso los estereotipos que fundamentaban aquellas trascendieron el territorio humorístico para aposentarse en el del conocimiento etnológico, o siquiera en el de la opinión mayoritaria.

El segundo bloque del volumen de Gruen analiza las conexiones que, a través de los mitos, las diferentes civilizaciones mediterráneas establecieron entre sí. Éste es el caso de las leyendas fundacionales en las que se hacía venir a uno de los ancestros propios de una tierra distante, insertando así la historia propia en la ajena y apropiándose de esta manera de parte del capital simbólico atesorado por la otra cultura, en lo que Gruen no duda en denominar “robo cultural”, sin que el uso de este término presuponga un rechazo por parte de los miembros de la civilización “robada”, que por lo general veían con buenos ojos este “préstamo”. Los conocidos casos de Pélope, Dánae o Cadmo ejemplifican a la perfección cómo determinadas comunidades griegas se preciaban de unos ancestros extranjeros sin que ello fuera contradictorio para la construcción de su identidad cívica, pero otro tanto sucede también con los pelagos con Atenas (según un discurso mítico alternativo al de la autoctonía, no tan hegemónico como se ha querido ver), con los troyanos y los arcadios respecto de los romanos, o con los mesopotámicos, los cretenses o los egipcios respecto de los judíos.

Ahora bien, en la Antigüedad también fue frecuente la creación de mitos que señalaran a uno de los héroes propios como ancestro de la civilización vecina, como una nueva estrategia para entender mejor a las otras culturas y tender lazos y acercar posturas respecto de ellas. Perseo, reivindicado como ancestro de persas, etíopes, egipcios y judíos, puede considerarse quizás el caso más paradigmático. De igual manera, distintas lecturas míticas llegaron a considerar a Atenas como colonia de la egipcia Sais, o bien a ésta como colonia ateniense, y por Egipto circuló un mito que situaba a Heracles como general de los ejércitos de Osiris, en tanto que el último rey de Egipto, Nectanebo, era señalado como verdadero padre de Alejandro, versión que sin duda beneficiaba al gobierno ptolemaico. Un caso aún más exótico y llamativo puede parecer el de los nómadas, que según recoge Salustio reivindicaban como sus ancestros a persas, medos y armenios. Por lo que respecta a los judíos, Gruen deconstruye la idea generalmente aceptada acerca de la impermeabilidad de este pueblo hacia los extranjeros, y contrapone a los textos en los que este separatismo se pone de manifiesto, otros tantos en los que la propia Biblia parece no encontrar ningún impedimento en que los judíos se emparejaran con gentes de otras culturas o dieran origen a nuevos pueblos.

En el último capítulo del libro, Gruen nos muestra cómo las distintas civilizaciones no sólo no mostraron reparo en aceptar para sí unos antepasados alóctonos, sino que incluso reivindicaron las interferencias y solapamientos culturales que entre ellas debieron darse, mitificándolos para, de nuevo, apropiarse del capital simbólico de la civilización vecina o para reivindicar la propia preeminencia cultural. Éste fue el caso de judíos y griegos, que en muchas ocasiones aceptaron una profunda dependencia entre sus sistemas filosófico-teosóficos, si bien no siempre concordaban en cuál de los dos pueblos podía considerarse el instructor y cuál el discípulo. Es el caso también de la relación cultural entre fenicios y griegos, o entre griegos y romanos, o entre romanos y orientales, pues todos estos pueblos no sólo fueron conscientes de que sus desarrollos culturales no

eran aislados, sino que se preciaron de ello y utilizaron esta característica en beneficio propio a través de los discursos míticos.

El volumen se cierra con un breve capítulo conclusivo, con una exhaustiva bibliografía, y con sendos índices de citas y materias que convierten al libro en una útil herramienta para el investigador.

En nuestra opinión, el presente libro constituye un paso adelante en el estudio de las identidades antiguas, pues presenta un planteamiento cuyo carácter radical y novedoso (aunque quizás no radicalmente novedoso, pues cuenta con algunos precedentes como los que antes hemos citado) da una nueva vuelta de tuerca a este campo de estudio. Más allá del debate entre primordialistas y funcionalistas y la discusión sobre cuáles son los pilares fundamentales de las etnicidades antiguas, puntos principales de la discusión en los últimos años, nuestro autor pone de manifiesto que no podemos considerar a las diferentes civilizaciones antiguas como entidades aisladas con procesos de etnogénesis estancos, y que sus respectivas identidades sociales no se construyeron necesariamente en contraposición radical al Otro. Consideramos enormemente encomiable también el uso que Gruen hace de la iconografía en algunos capítulos, pues le sirve para demostrar hasta qué punto la visión que ciertos autores nos transmiten estaba difundida a través de la sociedad.

Bien es cierto, y así lo reconoce su autor en varias ocasiones, que el libro no realiza un análisis exhaustivo de todas las civilizaciones de la Antigüedad ni de todos los textos de cada civilización, pues un estudio de ese tipo hubiera sido sencillamente inabarcable, sino que tan sólo pretende que la acumulación de ejemplos que presenta sea suficientemente ilustrativa, y desde luego, en nuestra opinión, lo consigue. El conocimiento de las fuentes literarias por parte de Gruen es de una erudición incontestable, y ello permite que algunos textos clásicos sobradamente conocidos puedan ser reexaminados a la luz de otros fragmentos más arcanos. Quizás pudiera parecer que algunos de los pasajes analizados muestren una exégesis un tanto subjetiva para adaptarlos a la visión general que el libro plantea, un tanto irénica si se quiere, pero el objetivo del libro, y su gran acierto, no es el análisis de cada uno de los textos planteados en sí mismo, sino reivindicar la importancia de las conexiones interculturales en los procesos de etnogénesis. También echaríamos de menos por parte del autor un mayor hincapié en la utilización de la iconografía, pues ésta sólo se toma en cuenta en dos capítulos del volumen, y sin embargo pensamos que alberga un potencial enorme para valorar los procesos culturales analizados, como ya S. Jones demostró sobradamente, incluso en ausencia de un *corpus* literario que la “explique”.

En todo caso, y como ya hemos apuntado, estamos convencidos de que el libro de Gruen marca un importante hito en el estudio de las identidades en el mundo antiguo.

JORGE GARCÍA CARDIEL

M. J. HIDALGO DE LA VEGA, *Las emperatrices romanas. Sueños de púrpura y poder oculto*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012, 238 pp.

Es el presente un estudio pormenorizado de la Profesora Hidalgo de la Vega sobre las mujeres vinculadas con las primeras dinastías imperiales, desde la Julio-Claudia a la Severa, y no exclusivamente a las esposas de emperadores a pesar del título. El núcleo del

trabajo está dedicado al análisis del papel de las princesas imperiales en la política, como elementos que servían para la legitimación dinástica, y en el culto imperial, al recibir muchas de ellas la deificación tras su muerte. Señala así la autora la existencia de “una especie de matrilinealismo subyacente” (p. 17) en los gobiernos imperiales, a pesar de que nunca existió la posibilidad de que desempeñaran por sí mismas el papel de emperatrices, aún siendo algunas de ellas hijas o familiares directas de emperadores que aportaban al matrimonio el imperio como dote. Y, sin embargo, fueron imprescindibles para que sus maridos e hijos varones obtuvieran la necesaria legitimidad dinástica e imperial, por un lado, y por otro, para que sus hijas transmitieran a su vez esos derechos a sus descendientes. De esta forma, la mujer en la Roma imperial transmite el poder pero no gobierna. De ahí que el subtítulo matice acertadamente el estudio al ser el poder imperial un sueño para la mujer, sólo realizable a través de la figura de un varón que no siempre se muestra agradecido a su esposa, como es el caso de Adriano y Sabina (pp. 116-121) y/o a su madre, como se observa en Tiberio y Livia (pp. 32-34) o en Nerón y Agripina (pp. 46-53).

El libro se estructura en siete capítulos precedidos de un prólogo firmado por el Profesor Domingo Plácido y una introducción de la autora. En el capítulo primero, la Profesora Hidalgo dedica su atención a las mujeres de la dinastía Julio-Claudia estableciendo una división entre la *domus Augusta* y la *domus* de Claudio en lo que respecta a los procesos relacionados con la sucesión y la intervención femenina en ellos. La actuación de las julio-claudias en esta dirección va encaminada a la consolidación del régimen monárquico en Roma, aunque no actuaron como un colectivo debido a los enfrentamientos habidos entre ellas por conseguir sus objetivos. La sucesión dinástica de esta primera familia imperial romana, en palabras de la autora, “estuvo marcada por la línea femenina, presentando una vertiente matrilineal dentro de una sociedad patriarcal y, por ello, ofrece una posición privilegiada para conocer las relaciones de género respecto al poder político” (p. 53).

El segundo capítulo está dedicado al análisis de dos modelos antagónicos de emperatrices julio-claudias: la virtuosa Livia y la infame Mesalina. La primera, esposa y confidente de Augusto, por un lado, y, por otro, madre del emperador Tiberio, abuela de Claudio, bisabuela de Calígula y tatarabuela de Nerón, se muestra como la raíz más firme de la primera dinastía. Denostada por el historiador Tácito, que vierte sobre ella comentarios abiertamente misóginos, recibe sin embargo alabanzas por parte de Dion Casio, al considerarla modelo de esposa imperial. Ella es, al mismo tiempo, objeto de veneración y homenaje a través de las distintas manifestaciones artísticas que se le dedicaron en vida y después de la muerte. Por el contrario, la imagen negativa de Mesalina está marcada por su sexualidad libre e imperdonable para la consorte de un emperador que debía ser modelo de matrona romana tradicional, ideal republicano rescatado a partir de la regeneración moral iniciada por Augusto y bien seguida y entendida por Livia, en mi opinión.

El capítulo tercero se centra en la dinastía Flavia y en la necesidad de legitimación de su poder. Para ello se siguió una política matrimonial similar a la estrategia iniciada por la dinastía Julio-Claudia, casando a las mujeres de la *gens Flavia* con familiares de Vespasiano, para evitar conflictos sucesorios. Sin embargo, la invisibilidad de las tres Flavias Domitilas contrasta, como señala la profesora Hidalgo, con la imagen de las otras féminas de la *domus Flavia*: Domicia Longina, esposa de Domiciano, y Julia Flavia, sobrina y posible amante o esposa también de Domiciano. Ambas recibieron los descalificativos de la historiografía senatorial a la muerte del último de los emperadores Flavios, siendo

mostradas como perversas e infames. Esta imagen negativa y deplorable de las mujeres que compartieron vida con Domiciano corre paralela a la que se elaboró sobre este emperador en el reinado siguiente; ambas no dejan de ser construcciones artificiales e intencionadas de la Historiografía antigua.

En el capítulo cuarto se analiza la imagen positiva de las féminas de la dinastía Antonina, verdaderas artífices voluntaria e involuntariamente de la sucesión dinástica de esta familia imperial. Plotina, Sabina, Matidia y las dos Faustinas, todas ellas vinculadas familiarmente con Trajano, eran mujeres con grandes recursos económicos que sirvieron fielmente a la dinastía adoptiva y que recibieron abundantes honores. Sólo la imagen de Faustina la Menor, esposa de Marco Aurelio y madre de Cómodo, quedó dañada por rumores y críticas provenientes de determinados sectores de la oposición senatorial, que pretendían con la difamación de la esposa imperial, legitimadora de la sucesión, desprestigiar al marido. Y quizás, bajo mi punto de vista, esas voces críticas pretendían denostar y culpar a la madre del peor de los Antoninos.

El siguiente capítulo, el quinto, tiene como objeto de estudio a las mujeres de la dinastía Severa, de origen sirio, y que destacaron por el poder político que llegaron a acumular. Julia Domna, su hermana Julia Maesa y las dos hijas de ésta, Julia Soemias y Julia Mamaea, fueron mujeres que entendieron los mecanismos de la propaganda política imperial y de la sensibilidad religiosa romana. Supieron comprender la necesidad de pactar con el ejército, de consensuar opiniones con el senado y de repartir dinero a los pretorianos y a los soldados para sostener los pilares de la dinastía, poniendo con todo ello al mismo tiempo de manifiesto la debilidad del sistema que trataban de sostener.

El capítulo sexto está dedicado al papel destacado que desempeñaron las emperatrices y princesas imperiales en el culto imperial al ser objeto de honores divinos. Como *Divae* imperiales y receptoras de culto siguieron contribuyendo, una vez muertas, al sostenimiento del sistema imperial y de su teología a través del culto imperial, elemento de cohesión y de control ideológico en todo el territorio del imperio.

El séptimo y último capítulo se focaliza en las conclusiones generales de la obra, incidiendo de nuevo y retomando las conclusiones individuales que la autora ha ido desgranando en cada uno de ellos. El libro se completa con una recopilación bibliográfica importante, con unos anexos dedicados a los respectivos cuadros genealógicos de las dinastías, con imágenes y representaciones iconográficas, principalmente numismáticas, de las protagonistas, así como con un índice de fuentes literarias y otro de genealogías e imágenes que ayudan y facilitan la identificación de las féminas imperiales y que han estado al cuidado de Iván Pérez Miranda.

Es un estudio histórico de género, de los que siempre la Historiografía está falta y que son tan necesarios para sacar del anonimato o para ofrecer una nueva perspectiva sobre las figuras femeninas que actuaron como sujetos agentes o pacientes de la Historia. Es una obra estimulante y fácil de seguir, que me ha sugerido ideas al hilo de su lectura sobre el papel protagonista, querido o no, de las mujeres en la Historia de Roma. Entre otras, me ha recordado la estampa callada de la mítica Rea Silvia en la leyenda sobre los orígenes de la Urbe, como hija del rey derrocado, Númerito, sobrina del rey usurpador, Amulio, y víctima, según algunas variantes, de la violación del dios Marte, que tiene como resultado el nacimiento del fundador y primer rey de la que será la ciudad hegemónica del Mediterráneo, Rómulo. En ese imaginario mítico, que se retoma de nuevo con la

fundación del imperio con Augusto, vuelve a aparecer la presencia femenina como legitimadora del origen real del fundador de Roma.

Por otro lado, la política matrimonial dinástica recibe mucho de las tradiciones republicanas en lo que al papel de las mujeres se refiere. Son ellas las que sirven como objetos de intercambio para ratificar acuerdos entre los miembros de la aristocracia, como demuestran, por ejemplo, los matrimonios concertados entre los más destacados políticos y hombres de estado del final de la República (Julio César y Cornelia Cinna, Pompeyo y Julia *Caesaris* o Marco Antonio y Octavia), pero también de épocas y momentos anteriores (así Tiberio Sempronio Graco y Cornelia, Escipión Emiliano y Sempronio o Gayo Mario y Julia). De esta forma, no deja aquélla, la política matrimonial, de ser un elemento típicamente romano puesto en manos de los varones, pero que adquiere nuevos tintes durante el imperio y de la que se saben apropiar bien las mujeres para beneficio propio y para el de sus descendientes.

La investigación de la Profesora Hidalgo finaliza con la dinastía Severa, a mediados del problemático siglo III, y sin embargo, en los años siguientes, el papel de las esposas imperiales sigue existiendo aunque ahora es tan efímero como el de sus esposos. Durante esos años difíciles perdura débilmente el edificio imperial para ser retomado con fuerzas renovadas a finales de este siglo y, sobre todo, durante el siglo IV. Con la aparición de las nuevas grandes dinastías, la Constantiniana, la Valentiniana y la Teodosiana, vuelve la necesidad de la legitimación dinástica a través de las figuras femeninas que, como sus antecesoras de la época altoimperial, se convierten en esposas, madres y hermanas de emperadores de entre las que se puede traer a colación los nombres de Gala Placidia o Pulqueria, las cuales, incluso, adquieren un gran protagonismo político. De nuevo se transforman en instrumentos de las políticas dinásticas para afianzar un sistema que poco tiempo después sólo se mantendrá en Oriente.

PILAR PAVÓN

SANTIAGO MONTERO HERRERO, *El Emperador y los ríos. Religión, ingeniería y política en el Imperio Romano*, Madrid 2012. UNED. 360 págs. Ilustraciones.

Los libros del profesor Santiago Montero gozan todos ellos de un acierto y una ventaja inicial: tratan de temas muy atractivos, originales, que cuando uno los lee se pregunta: ¿por qué no se me ocurrió a mí antes esta idea? En tal sentido, la presente monografía no es una excepción; toca de manera transversal, a lo largo de los siglos del Imperio romano, la función religiosa de los ríos, y la propia divinización de las corrientes fluviales. Puesto que en el mundo romano la religión impregna absolutamente todas las actividades humanas, privadas y públicas, deviene como cosa propia tratar también –de forma insoluble– los aspectos políticos (política cotidiana pero especialmente la “alta política”) en los que los ríos intervienen activa o pasivamente delimitando no sólo fronteras naturales sino también “fronteras de acción política”, siendo el caso más frecuente el papel de los ríos en los prolegómenos de las muchas batallas que Roma protagonizó a lo largo de su dilatada historia.

Religión, política, pero también ingeniería. Los ingenieros son los que someten las aguas, podríamos decir “sus civilizadores”, los que domeñan su bravura y la someten a

las leyes humanas, sin perder nunca el horizonte del agua como *res sacra*. A este tema tan interesante está dedicada toda la primera parte del libro, titulada «El sometimiento de las aguas: ingeniería y religión». El libro realmente arranca con el capítulo dedicado a la naturaleza sagrada en el mundo romano, repasando las fuentes (de época imperial) *ad hoc*, Séneca, Plinio, Ovidio principalmente, cumplimentadas con inscripciones (p. 22) y monedas (pp. 24-28), para pasar a hablar de los ríos como “frontera política y administrativa” –y cabría añadir “religiosa”, de acuerdo con las páginas precedentes–, haciendo un pequeño repaso sobre las fuentes antiguas, partiendo del Tiber, que siempre es el modelo, sobre el que se expande el discurso como las ondas del agua en las que cae una piedrecita. Tiene sentido que la explicación temática parta siempre del corazón del Imperio, de Roma, y del río que es su arteria vital. El autor hace alguna excursión breve por algunos ríos que fueron importantes en la historia romana, como el Ebro hispano en el conflicto romano-púnico (pp. 32-33), el Rubicón o, ya para el Imperio, los inconmensurables ríos de la frontera septentrional, el Rhin y el Danubio (pp. 34-43), escenarios de tantísimos episodios bélicos romanos, en su mayoría defensivos, en los siglos II-III d.C. particularmente, completando el panorama “fronterizo” en Oriente, cuya frontera la constituyen el Éufrates y el Tigris, ríos sagrados por antonomasia (pp. 45-46), aunque muy bien podría haberse incluido el Orontes (citado más delante, en p. 105). La idea de frontera lleva pareja la de *imperium* (como territorio, dominio), y por ende explica, a partir de Augusto, el concepto de ecúmene, tan magníficamente expresada –recuerdo– en los primeros párrafos de las *Res Gestae Divi Augusti*. El imperio romano, el imperio de Augusto, luego de los augustos, será ecuménico, universal, y los ríos, como se verán en los siglos postreros del Imperio dibujados en la Tabula Peutinger, son las verdaderas venas por las que circulan gentes, mercancías, ideologías y creencias, complementando el verdadero pulmón del Imperio, que es el Mediterráneo.

Mares, océanos, ríos, lagos, manantiales (vid. pp. 1787-179), son escenarios misteriosos –avalados por una ingente mitología griega previa, unida a las creencias ancestrales de los pueblos interiores que tenían sus mitos fluviales del mismo modo que los griegos tenían mitos marinos– y todo, en su conquista, lo asimila Roma y lo compara con su sagrado Tiber y sus sagrados mares periféricos (aún teniendo en cuenta que los romanos no fueron excelentes marineros). De ahí el acierto del autor cuando, al hablar de “los ríos infernales”, tiende una mirada retrospectiva a la *Odisea*, obra llena de sugerentes espacios mágicos (p. 51-52). La relación del agua con la magia es un lugar común en todas las culturas antiguas, la mesopotámica, la egipcia, la griega, la romana, y el crisol de todas ellas que son, ya en época tardía (siglos II-VI d.C.) los Papiros Griegos de Magia, a los que se alude también (p. 53).

Se abandona en este punto el discurso religioso para volver a la senda de la política y hablar de “guerra y diplomacia” y de los rituales que tenían lugar a la orilla de los ríos, antes de cruzarlos (pp. 53-69, y más adelante pp. 166-188). Hay muchos casos, y bien documentados, que el autor recuerda y glosa aquí, aportando los textos literarios principales, del siglo I a.C. al IV d.C. Y, hablando de guerra, los ríos podían ser “aliados o enemigos” de Roma, lo que dependía, naturalmente, del resultado de la batalla. Los ríos “aliados”, los que contribuyen a éxito de las operaciones, se glorifican y divinizan llevándolos a los reversos de las acuñaciones imperiales (pp. 69-74); los ríos “enemigos sometidos”, también aparecen en la iconografía romana, pero con un sentido muy distinto: sus representaciones son exhibidas en las ceremonias triunfales (pp. 75-90), o en las

columnas “*triumphales*” de Trajano (*vid.* pp. 144-146) y Marco Aurelio en Roma, como si estos grandes ríos, como el Rhin o el Danubio, que comparten ribera con tierra bárbara, al ser sometidos los pueblos, también quedaron sometidos al *Tybris pater*, a Roma, como si este río patrio fuese un *flumen primigenium*.

Las páginas siguientes retoman la idea inicial de la necesidad de someter o civilizar las aguas –esbozadas en las páginas primeras, si bien con un matiz diferente: ahora no somete la espada, sino la ingeniería civil (o militar, es difícil establecer los límites) romana, en una palabra, la hidráulica–.

La domesticación de las aguas, y su puesta en servicio para el bien común de la *ciuitas*, tiene su mejor ejemplo en los programas de construcción de acueductos para la Urbe. Su construcción y mantenimiento, en época republicana primero, y luego en la imperial, fue una preocupación constante de los gobernantes. El agua corriente y limpia significaba salud. Por no hablar también de su importancia en la estética de la ciudad, para sus fuentes y jardines.

Fuentes históricas y fuentes mitológicas se mezclan y se complementan para enfatizar la importante gesta humana, romana, de robar el agua a los ríos para llevarla a las plazas de las ciudades y a las casas. Todo el proceso está lleno de sacralidad, de rituales, de consagraciones, de divinidades pequeñas o grandes que habitan las aguas y las fuentes a modo de *dii indigetes*. Los grandes trasvases de agua eran muy costosos. El senado, los grandes prohombres del Estado, como un Agripa, o los emperadores gastaron ingentes fortunas en estas obras. Las fuentes históricas (Tácito, Suetonio, etc.), complementadas por las inscripciones, así como las poéticas, no se quedan calladas, y cada una a su forma ensalzan estas *magna opera* de conducción, almacenamiento y distribución de agua a la Urbe (pp. 91-124). Cada nueva obra era un desafío a la técnica de ingeniería de su tiempo. Los espectaculares acueductos que aún sobreviven son ejemplos sorprendentes de la perfección alcanzada en estas construcciones.

El autor aborda las páginas siguientes la importancia de los puentes. Si cruzar el río es un acto de sacralidad y de transgresión, el puente podía ser considerado un acto sacrílego (p. 125). La tradición es rica en este punto (pp. 126-129). Pero esa dificultad debió obviarse por su razón práctica “a pesar del riesgo religioso”. Una solución es sacralizar el puente y sacralizar expresamente el río, siguiendo el ejemplo de los puentes tiberinos y los ceremoniales surgidos en su escenario en época republicana. Aún así, cuando César o Calígula construyeron puentes de albañilería debieron de dar ciertas “explicaciones” formales o excusas para tal obra (pp. 134-140) y no usar puentes provisionales o pasarelas de barcasas. Augusto demostró menos temores y más sentido práctico, poniendo mucho empeño en la construcción de puentes en las provincias, principalmente con finalidad estratégica o militar; luego, durante la *pax*, las calzadas romanas pasaban por encima con toda naturalidad para optimizar el transporte de personas o mercancías. Los emperadores dejaron (aunque no siempre) sus inscripciones grabadas en los sillares de estas obras, para recordar su generosidad y magnificencia para con los ciudadanos que los disfrutaban; y las monedas, del mismo, se encargaban de recordar, en todo el Imperio, al titular de tales munificencias, con un recuerdo y representación de tales puentes en los reversos. Estas expresiones imperiales de poder llevaban anejas también la responsabilidad de su custodia y su reparación directa –aportando recursos económicos de su *res priuata* o del *fiscus*, o indirecta, instando a las autoridades locales a reparar estas construcciones

mediante actos evergéticos *ob honorem*. Para dirigir operaciones, en cualquiera de las dos posibilidades apuntadas, se crearon nuevas prefecturas –es decir, se nombraron nuevos prefectos ecuestres designados por el propio emperador– o curatelas para actuar en el Tíber (cf. pp. 312-318), o en los ríos de Italia o de las provincias (pp. 150-164). Los ríos son, por así decirlo, “patrimonio” del emperador. Él cuida de que sean navegables, de que se mantengan limpios, de que sean “venas comerciales”. Una vez más son las monedas las que, con su iconografía, “pagan” a los emperadores su suprema curatela de los ríos, retratándolos junto (o al anverso) de los dioses-río o ríos-dioses.

La segunda parte del libro (pp. 165-252) tiene como hilo conductor al “emperador y el paso del río”. Ahí vemos algunas ideas algo redundantes, ya apuntadas y hasta cierto punto tratadas antes, como es el peligro de cruzar el río, y la consecuente necesidad de aplacar a los dioses (o pedir su ayuda) con sacrificios en la orilla antes de cruzarlo. En el estudio de este acontecimiento tan importante desde el punto de vista religioso, y también militar, el autor recurre a los modelos griegos, míticos (pp. 167-168) e históricos (pp. 169-170), cuyo mejor ejemplo son las noticias disponibles sobre los sacrificios de Alejandro antes de cruzar los ríos de la India. Una vez más, los generales romanos, como Sila (Plut. *Syll.* 27, 8, 28), y particularmente los emperadores romanos, se muestran émulos del rey macedón. Las fuentes nos proporcionan textos literarios paralelos a los citados pasajes de la *Anábasis* de Alejandro, escrita por Arriano con, por ejemplo, el cruce del río de algunos emperadores con sacrificios previos de aplacamiento (por ejemplo, Tac. *Ann.* 6.37).

Montero va desplegando su mejor discurso en las páginas siguientes, conjugando muy bien sus temas dilectos: la historia de Roma y el prodigio; o los prodigios en la historia de Roma. En estos casos, el río o sus laderas son los escenario y/u objeto del prodigio. El autor hace un recorrido diseccionador de las fuentes (pp. 176-188) relativas al *prodigium*, que según el autor solía ir acompañado de una “visión de inspiración divina” (p. 188), que yo llamaría sin ambages “profética”. El paradigma de este tipo de “visión divina”, por ser la más conocida y estudiada, es el espejismo de la cruz de Cristo por Constantino, durante el sueño, junto al puente Milvio sobre el Tíber, la víspera de su batalla contra Majencio (Lact. *De mort. persec.* 44, 3-5), un episodio casi mítico, por increíble para cualquier mente sana, pero que trajo, como muchos mitos manipulados por poderosos hombres visionarios victoriosos en la guerra, graves consecuencias históricas. Perdónenme el amargo trámite de citar otros ejemplos similares extemporáneos.

Los combates sobre el puente, su conquista o su destrucción, es el tema que encontramos enseguida, ilustrado con numerosas noticias, bien documentadas, de generales o emperadores romanos que hicieron estas gestas de las que ha quedado memoria (pp. 193-221), en conflictos bélicos de Occidente y de Oriente, de los que han quedado –además de los literarios– preciosos registros artísticos, relieves en columnas, arcos, o medallones de gran arte.

A pie, a caballo, o a nado, el vadear los ríos era un hecho casi heroico, por su peligrosidad intrínseca, y también la relativa: pues supone situarse al otro lado de la frontera, al otro lado de la *securitas*. Esto tiene sentido en el ámbito militar y de conquista, aunque pierde un tanto su carácter épico cuando hablamos de simples viajes por el río (pp. 235-251), en los que el peligro es solo riesgo, aunque en muchos casos el viaje de los *negotiatores* o *naucularii* por los ríos fuese tanto más peligrosa que una avanzada militar.

El tercer gran capítulo del libro habla con solazada extensión de dos ríos, que son dioses: el Tíber (pp. 253-318) y el Nilo (pp. 318-344). De los ríos vistos, visitados y administrados por Roma, la Roma de los emperadores.

Con razón el río Tíber ha sido objeto de estudios monográficos, como el excelente de J. Le Gall, *Le Tibre, fleuve de Rome dans l'Antiquité*, París 1953; pero nunca ha sido analizado con tanta profundidad como, en esta ocasión, por Santiago Montero en relación con la actividad política o religiosa de los emperadores. En todo caso, el presente libro actualiza y mejora los anteriores en los aspectos tratados: el emperador y los desbordamientos del Tíber (pp. 253-256); el tirano y las aguas del Tíber (pp. 256-260); el tirano y sus efectos (pp. 260-268); la interpretación religiosa del prodigio (pp. 268-274); con Augusto (pp. 275-281), Otón y Vitelio (pp. 281-287) en la crisis del 69 d.C.; la usurpación de Macrino (pp. 287-290) en el siglo III, o la usurpación de Gildón a finales del IV (pp. 290-291). Se analizan también las menciones del Tíber en los *Libros Sibílicos* (pp. 292-300). El autor trata también las obras de ingeniería en el Tíber bajo distintos imperadores, siendo importantes las actuaciones de Augusto, Tiberio, Claudio y Trajano (pp. 301-318).

Un esquema similar se aplica, en las páginas siguientes, al río Nilo desde la presencia romana permanente en Egipto con Augusto. Estas páginas están magníficamente ilustradas con fotos de monedas con la representación del Nilo divinizado en distintos cuños y épocas (pp. 321-326). Sigue el análisis de la importancia que tuvo el Nilo en la política romana (pp. 327-341), y los viajes de los *imperatores* por la tierra de los faraones. César, Germánico, y particularmente la figura especial de Hadriano, desfilan por estas páginas (pp. 335-342, con alusión al ahogamiento y divinización de su amante masculino, Antínoo), la visita de Septimio Severo, o de Caracalla a Alejandría en 215-216. Con los emperadores Severos cesan las visitas imperiales oficiales a Egipto (p. 344).

Cierra el libro un capítulo de conclusiones (pp. 345-349), y la bibliografía académica utilizada, bastante extensa. Echamos en falta unos índices onomásticos o temáticos, que suelen ser tan útiles como laboriosos e ingratos de hacer. Por contra, se agradece que todo el libro esté ilustrado con un álbum de buenas y pertinentes fotos en color que sirven de apoyo a la explicación.

En el panorama editorial de nuestro país, en particular por lo que concierne a la Historia Antigua, se hace cada vez más raro encontrar libros monográficos originales, producidos por nuestros profesores e investigadores. Uno puede encontrar manuales, refritos, compilaciones, traducciones, o libros presentados como originales pero cuyo asunto es, en la mayoría de los casos, *déjà vu*. Por eso, libros como éste deben ser aplaudidos, y sus autores, en este caso su autor, recompensado, no con dinero (¡bien sabe Dios que los profesores universitarios no vivimos de nuestra producción científica!) sino con el justo premio del reconocimiento académico. Algo es algo. En un paisaje cultural tan desolado como el que sufrimos actualmente, el historiador es un lobo estepario. Escribir un libro y publicarlo, es una aventura. Por ello, felicito al autor y al servicio de publicaciones de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, que ha acertado plenamente al incorporar esta monografía de Historia Antigua a su fondo editorial. La obra puede perfectamente recomendarse como lectura para los alumnos de Historia de nuestras universidades, particularmente en cursos de especialización de posgrado.

Una cavilación final: creo que el libro puede explicarse también –si se me permite la metáfora– como el discurrir de un río, en sus tres capítulos o partes: la primera, más rápida

y variada, con más requiebros y paisajes (temas variados, ya indicados, como la sacralidad de las aguas, el “río frontera”, el río ecuménico”, el río como enemigo o como amigo y aliado, los ríos infernales, etc.); una segunda parte, la de los meandros, donde se estudia el hecho de “pasar el río” (de hecho, donde se corre menos peligro al cruzar el río es en su zona mansa del curso medio), particularizado en el estudio de las empresas en las que los emperadores *transierunt flumina*; y finalmente encontramos la tercera parte, la del estuario, zona tranquila y amplia, en la que, después de haber leído las dos anteriores, su lectura es un paseo fértil por dos paisajes fluviales paradigmáticos, el del Tíber y el del Nilo, a cual más interesante y hermoso, aunque sustancial, histórica y geográficamente muy distintos.

Propongo la lectura de este libro como una experiencia viajera, pues son innumerables los lugares y paisajes que uno retiene en su mente o imagina a lo largo de sus páginas, pero también es un itinerario al conocimiento, bien llevado por el historiador que, a modo del ingeniero que canaliza un río, nos conduce, seduciéndonos con la escritura, por paisajes inusitados de la Historia antigua de Roma.

SABINO PEREA YÉBENES

B. MORA SERRANO y G. CRUZ ANDREOTTI (coords.), *La etapa neopúnica en Hispania y el Mediterráneo centro occidental: identidades compartidas*, Secretariado de publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 2012, 457 pp.

Esta publicación tiene su génesis, como bien apuntan sus coordinadores en la presentación, en la necesidad de repensar y reinterpretar las particularidades y coincidencias constatadas en el Mediterráneo centro occidental y, especialmente, en la península Ibérica en el extenso lapso temporal comprendido entre la II guerra Púnica y la dinastía Flavia. De esta forma, este ambicioso punto de partida se constituye en aglutinante y nexo de conexión de las diecisiete contribuciones que la conforman.

En la primera de ellas, el profesor Bendala Galán se adentra en la revisión de “Elementos culturales neopúnicos en la Hispania antigua: historia e historiografía de un encuentro” (pp. 15-33). Tras pasar revista a las líneas interpretativas que, a lo largo del siglo pasado, intentaron valorar la influencia de púnicos y romanos en suelo peninsular, ya fuera insistiendo en el privilegio del factor romano –caso de investigadores como Menéndez Pidal, García y Bellido o Alföldy– o defendiendo el papel de lo neopúnico –como en el suyo propio–, Bendala se detiene en ejemplificar, fundamentalmente mediante el caso de *Carmo*, el papel que, a sus ojos, tiene la estructura urbana y, especialmente, el espacio reservado a las necrópolis en la conformación y mantenimiento de las realidades púnicas en suelo peninsular cuando la dominación romana ya era un hecho.

Por su parte, en “Turdetania fenicia: pasado y prestigio en el occidente romano” (pp. 35-58) Manuel Álvarez Martí-Aguilar intenta evidenciar ciertas claves proporcionadas por Estrabón en los conocidos pasajes III, 1, 6 y III, 2, 13. De este modo, incide en la asunción por parte de las comunidades sur-peninsulares –incluso, y de manera muy significativa, de los núcleos de probado origen autóctono– de elementos orientales como la escritura y literatura fenicias, asumiendo su utilización como signo de autoridad. En su opinión, este hecho no habría de ser interpretado como una vindicación identitaria contra Roma sino como una tentativa de disponer de una tradición paragonable a la cultura helenística.

Siguiendo con el análisis de las fuentes, Eduardo Ferrer Albelda desgrana en “Un fenicio apócrifo de época romana: Pomponio Mela” (pp. 59-74) una concienzuda crítica al artículo de R. Batty, “Mela’s Phoenician Geography” (2000: 70-94) en el que se defiende que las páginas de la *Corografía* reflejarían una cosmovisión e identidad puramente fenicias que emanarían, en parte, del propio origen oriental del autor. Así, en su argumentación desmonta, paso a paso, cada una de las teorías propuestas en el citado trabajo. En primer lugar, el análisis prosopográfico de *Pomponius* y de *Mela* apunta, de manera más que probable, a un origen romano itálico. Del mismo modo, el topónimo *Tingentera* – lugar de nacimiento de Pomponio – es un hápax y el núcleo poblacional al que hace referencia bien podría ser identificado con *Iulia Izoa/Traducta*, fundación augustea *ex nouo*. A mayor abundamiento, el libro III de la *Corografía* no tendría un trasfondo fenicio sino que la descripción casaría con la realidad coetánea al autor y su estructura periplográfica lo vincularía, directamente, con la literatura geográfica griega. Por último, no se rastrean en la obra alusiones del propio Pomponio a su origen, ni nexos que la hagan enmarcarse en una presunta identidad “común” fenicia. Bien al contrario, su descripción de las costas meridionales peninsulares y el uso de los étnicos griegos “fenicio” y “bástulo” para designar a las comunidades que allí habitan beben, claramente, de la tradición greco-latina a la que, sin dudas para Ferrer Albelda, Pomponio pertenece.

Por su parte, Martín Almagro-Gorbea, en su trabajo “El ‘Círculo de *Gadir*’ y el final de la literatura hispano-fenicia” (pp. 76-112), incide en cómo el auge económico y político experimentado por la *Gadir* fenicia tuvo su trasunto cultural en el desarrollo de un floreciente ambiente intelectual centralizado en el *Herákleion*. Esta corriente hundiría sus raíces, de manera directa, en la tradición feno-púnica y a través del tamiz helenístico pasaría al caudal literario latino, tal como lo demuestran las obras de los escritores hispanos de la Edad de Plata y, muy especialmente, la de *Lucius Cornelius Bocchus*.

En un giro argumental, José Ángel Zamora López presenta una reflexión a propósito de “La escritura en el periodo púnico-tardío: la epigrafía neopúnica como producto histórico” (pp. 113-140). Así, en la primera parte de su exposición, particulariza las escrituras de tipo neo-púnico, identificables por su alto grado de simplificación y por sus rasgos netamente cursivos y documentadas en un heterogéneo conjunto de testimonios epigráficos provenientes, salvo contadas excepciones, del Mediterráneo centro-occidental y datables, en su mayor parte, entre mediados del siglo II a.n.e. y finales del siglo I d.n.e. Toda vez definido el tecnicismo neo-púnico como término que ha de ser empleado para referirse a grafías o documentos, el autor cuestiona su uso como marca cronológica o cultural.

Insistiendo en el campo epigráfico, José Luis López Castro y Juan Antonio Belmonte Marín se interesan por las “Pervivencias de la antroponimia fenicia en época romana en la península Ibérica” (pp. 141-164) y defienden que la población semita establecida hacia finales del siglo I a.n.e. en el mediodía costero y en Baleares conservó una unidad lingüística no fácilmente tangible pero que puede atisbarse a través de la onomástica. Para ello, pasan revista a un nutrido repertorio de *nomina* y *cognomina* clasificándolos bien como transcripciones del fenicio al latín, como formas helenizadas o pasadas por el tamiz del ibero o bien como nombres traducidos al latín.

Cambiando de nuevo de registro, Mercedes Oria Segura se adentra en los “Elementos fenicio-púnicos en la religión romana de Hispania: una cuestión a debate” (pp. 165-190)

planteando hasta qué punto se puede hablar de pervivencia de ciertas advocaciones ya que, en su opinión, el culto, en tierras peninsulares, a Hércules no ha de ser interpretado como una simple *asimilatio* de Melqart, sino como un fenómeno independiente que, en todo caso, aprovecharía los cauces de la divinidad fenicia para facilitar su implantación. En la misma línea, aunque de manera menos clara y algo más dificultosa, habrían de valorarse los ejemplos de Astarté-Tanit con respecto a Venus, Juno y *Dea Caelestis*. Esta casuística no haría sino demostrar que, más allá de posibles influencias, Roma importó, y consiguió implantar con éxito, su propio sistema de prácticas religiosas.

Estíbaliz Ortiz de Urbina Álava traza, por su parte “La evolución política de las ciudades de tradición fenicio-púnica bajo la dominación romana (II a. C.-I d. C.)” (pp. 191-222). Para esta autora, la tradición poliada de los núcleos poblacionales peninsulares de raigambre oriental fue el caldo de cultivo idóneo para la expansión del modelo provincial romano. Su implantación, rastreada a través de documentación epigráfica, monetaria y literaria, fue, evidentemente, progresiva y puede ser organizada en cuatro grandes fases de integración política que se corresponden con la transformación de estos enclaves en *ciuitates peregrinae*, *coloniae*, *municipia ciuium romanorum* y, finalmente, *municipia latina*.

Entrando en el ámbito arqueológico, Joan Ramon Torres se acerca a las “Perduraciones y cambios en las producciones cerámicas tardopúnicas en el extremo occidente mediterráneo” (pp. 223-258). Así, tomando como punto de partida los centros de producción mejor conocidos –*Ibuschim*, *Gadir* y *Kouass*– esboza las concomitancias y divergencias existentes entre estos tres focos, ya entre sí, ya comparando sus elencos cerámicos con formas alóctonas y subrayando la adopción selectiva, sobre todo a escala formal y en distinta medida dependiendo de los yacimientos, de determinados tipos helenísticos e italo-romanos.

Antonio M. Sáez Romero y José Juan Díaz Rodríguez firman, a su vez, la aportación “Entre tierra y mar, entre lo púnico y lo romano. Adaptaciones económicas y territoriales en un medio cambiante: algunas notas sobre paleogeografía y sistemas de explotación del *hinterland* insular de *Gadir/Gades*” (pp. 259-299). En ella, revisando la historiografía relativa a la *Antipolis* gaditana y los vestigios arqueológicos localizados en la franja atlántica comprendida entre *Erytheia* y *Kotinoussa* se interrogan sobre el papel de este área como centro económico vinculado a la industria pesquera y sus derivados y sobre cómo este modelo de explotación se pudo prolongar en el tiempo, con las evidentes matizaciones, desde época púnica hasta el Alto Imperio.

La siguiente contribución “Bajar al mar y... ¿hacerse romano? De la Silla del Papa a *Baelo Claudia*” (pp. 301-329) suscrita por Fernando Prados Martínez, Ángel Muñoz Vicente, Iván García Jiménez y Pierre Moret abunda en la problemática del litoral gaditano. Para estos investigadores, el análisis de las necrópolis localizadas en Bolonia –y, más concretamente de su tipología funeraria, de la presencia de “muñecos” y de la incidencia del culto a *Baal*– permite secuenciar y valorar desde un prisma multifocal el fenómeno de hibridación experimentado por las poblaciones originarias del *oppidum* bástulo-púnico de la Silla del Papa tras su traslado a la línea de costa por la irrupción en escena de Roma.

El hilo argumental se desplaza, a continuación, al Mediterráneo en la colaboración de José Luis López Castro y Víctor Martínez Hahn Müller titulada “De la *Baria* fenicia a la *Baria* romana” (pp. 331-360) en la que se pasa revista a las diferentes fases habitacionales de este núcleo poblacional desde su derrota ante Escipión en el 209 a. C. hasta

época tardo-antigua cuando, abandonando su emplazamiento original, su población decidió trasladarse al cercano Cerro de Montroy.

Los dos siguientes estudios están dedicados a los resultados de sendas intervenciones arqueológicas en la capital malagueña. De este modo, Alejandro Pérez-Malumbres Landa trata de “Contextos comerciales de la transición de la *Malaka* fenicia a la romana en los solares de calle Granada, 57-61” (pp. 361-389). En esta excavación, se documentó, a tenor de las estructuras exhumadas y de los materiales vinculados, un complejo industrial que se extendía, sin solución de continuidad, desde el siglo II a. C., con reminiscencias helenísticas, hasta época flavia, y en el que destaca la que probablemente sea la *cetaria* más antigua de Málaga. Al mismo tiempo, la cercanía de este enclave a determinados hitos funerarios podría estar indicando una utilización lustral de algunas de las edificaciones más antiguas, tal como ocurre en la vecina *Gadir*.

A continuación, Ana Arancibia Román, Cristina Chacón Mohedano y Bartolomé Mora Serrano aportan “Nuevos datos sobre la producción anfórica tardopúnica en *Malaca*: el sector alfarero de la margen derecha del río Guadalmedina (avda. Juan XXIII)” (pp. 391-411) proporcionados por una intervención preventiva en este sector periférico. Construcciones identificables con *figlinae* y producciones cerámicas relacionadas con la producción salazonera así como piezas monetales de la ceca local hablan de la existencia de un espacio industrial y comercial desde finales del siglo VI a. C., que continuaría activo hasta, al menos, época republicana.

Avanzando hacia occidente, Ana Margarida Arruda valora el papel de “O Algarve na rota atlântica do comércio romano” (pp. 413-424). Para esta investigadora, la extraordinaria presencia de materiales anfóricos gaditanos e itálicos en el sur portugués no debe ser asociada a la posible interpretación de esta zona como área de paso de los ejércitos romanos en su avance, primero a lo largo de la península Ibérica y, posteriormente, hacia Britania y Germania, sino como la prueba de su integración en el ámbito turdetano y, subsiguientemente, en la administración provincial romana de época republicana.

De retorno al Mediterráneo, Lorenza-Ilia Manfredi focaliza su intervención en “Nord Africa e penisola Iberica: le monetazioni autonome dal III sec. a. C. al I sec. d. C.” (pp. 425-448). En ella, pondera el papel desempeñado por las ciudades de Numidia tras la caída de la metrópolis púnica y cómo sus cecas llegan a producir acuñaciones que jugarán un lugar destacado en las corrientes comerciales establecidas con la península Ibérica.

Centrado en la misma área geográfica, el texto de Josephine Crawley Quinn –“Fenicios ilusorios en el Mediterráneo central” (pp. 449-457)– pone el broche final al volumen. En él, prosiguiendo con la problemática en torno a las ciudades de la Tripolitana, reflexiona sobre hasta qué punto la entrada en contacto de estos centros poblacionales norteafricanos con Roma supuso, realmente, una reinención del imaginario colonial y una reivindicación de sus vínculos con las metrópolis fenicias.

Hasta aquí hemos venido desgranando el contenido de cada uno de los trabajos que conforman esta obra. No obstante, no quisiéramos poner punto y final a esta reseña sin resaltar algunos aspectos presentes en el debe y el haber de esta monografía. De esta forma, el libro presenta algunos detalles que, acaso, deberían haberse cuidado más. Algunas carencias son achacables, en nuestra opinión, a sus coordinadores científicos. Entre éstas estarían la falta de una estructura capitular clara y uniforme para todas las colaboraciones

y la inexistencia –a primera vista y si se realiza una lectura ininterrumpida– de un orden coherente, ya geográfico, ya temático, en la secuenciación de las mismas. Otras pequeñas fallas son más propias de una maquetación no tan esmerada como cabría esperar. Así, por ejemplo, en la página 75 aparecen dos notas que, en cuerpo de texto, se encuentran en la página siguiente y lo mismo sucede en las páginas 405 y 406; también en las páginas 315 y 322 vemos que se han confundido los pies explicativos de las figuras 8 y 9; de igual modo, las figuras y tablas de la colaboración de la profesora Manfredi no se ajustan al formato utilizado en los restantes casos. Por último, algunos autores no han sido, a nuestro entender, todo lo metódicos que cabría esperar a la hora de redactar sus escritos y en sus textos se han deslizado algunas erratas –valgan a título ilustrativo y sin pretender ser exhaustiva, las detectadas en las páginas 41, 69, 76, 78, 80, 81, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 94, 96, 102, 109, 110, 111, 122, 223, 246, 248, 251, 255, 269, 270, 274, 397, 398, 406 o 408– que bien podrían haberse subsanado, en muchos de los casos, con una revisión algo más reposada de sus originales.

Estas matizaciones que, por otra parte, no sobrepasan el terreno formal, no han de interpretarse como una crítica negativa. El lector ha de tener presente que este título es resultado, en parte, del coloquio del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos celebrado en la ciudad de Málaga en noviembre de 2011 y esta circunstancia justifica, en cierta medida, la heterogeneidad de contenidos, difíciles, en ocasiones, de casar entre sí. Valorado desde una perspectiva multidisciplinar, es en esta disparidad donde reside, precisamente, la riqueza de contenido de esta obra. La multiplicidad de enfoques y problemáticas así como la probada solvencia investigadora de todos los autores son garantía más que suficiente de la calidad científica de este libro que supone, sin lugar a dudas, un completísimo y poliédrico estado de la cuestión de un período tan rico y complejo como el neopúnico.

ENCARNACIÓN CASTRO PÁEZ

J. MORALEJO ORDAX, *El armamento y la táctica militar de los galos: fuentes literarias, arqueológicas e iconográficas*, Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibersitatea, 2011, 381 pp.

Como bien recuerda Fernando Quesada Sanz en el prólogo de este libro que reseñamos aquí: “*Es obviedad que a veces conviene recordar que lo militar es importante, y a menudo predominante y primordial en la información que el pasado nos ha legado de manera directa*”. En España contábamos, a partir de 1920, con espectaculares hallazgos de armamento. Investigadores, por fortuna hoy ya sobradamente conocidos, aunque muchas veces no suficientemente reconocidos, como el Marqués de Cerralbo Enrique de Aguilera y Gamboa, Juan Cabré o su hija Encarnación Cabré, entre otros, emprendieron por primera vez el estudio de estos materiales en nuestro país. Estos trabajos, provistos de un aparato documental considerable para su época, plantaron la semilla de los estudios sobre armamento en España una vez que abordaban los grandes hallazgos de algunas de las más destacadas necrópolis de la Edad del Hierro peninsular como la Mesa de Miranda, Arcóbriga o la Osera, entre otras. Para estos estudiosos sirvieron de inspiración directa, y más hablando de pueblos de raigambre céltica, los trabajos que en Francia y Suiza se llevaron a cabo unos años antes sobre el armamento céltico de las culturas de Hallstatt y La Tène, como el de J. Dechèlette a partir de 1914, obra que precisamente

cita como de referencia básica, aun hoy, el autor del libro que ahora reseñamos. No obstante, y a pesar de los avances que estos estudios supusieron, la información relativa a cuestiones militares disponible en las Fuentes Clásicas, en los repertorios iconográficos, greco-romanos y “bárbaros” y, en los *realia* arqueológicos, era analizada y estudiada separadamente y muchas veces sin ningún tipo de método ni rigor científico. Otras veces se puso especial énfasis en la “arqueología e historia militar” para servir a intereses políticos como la legitimación ideológica de los crecientes nacionalismos europeos: caso de las archiconocidas resistencias de Vercingétorix y sus galos en Alesia, donde excavó Napoleón III, o de la última defensa de los numantinos contra Roma.

Por otra parte, las dos guerras mundiales que asolaron Europa durante la primera mitad del siglo XX, y los horrores que en ellas se vivieron, relegaron, de alguna manera, a la Historia militar antigua a un papel secundario. Sin embargo, a partir de fines de la década de los 70 y durante toda la década siguiente del siglo pasado, la historia y la arqueología militares fueron objeto de un “lavado de imagen” que barrió gran parte de los prejuicios (justos o no) de épocas anteriores. En este proceso, desempeñó un papel fundamental la escuela historiográfica anglosajona y la renovación conceptual de las disciplinas que llevaron a cabo autores como V. D. Hanson o J. Keegan, entre otros. A partir de la década de los años 90, del siglo XX, se extendieron por Europa y América las ideas y principios rectores de dicha renovación promoviendo la construcción de la arqueología y la historia dedicadas a cuestiones y aspectos militares al rango de especialidades serias basadas en criterios y métodos científicos capaces de abonar, por sí mismas y con sus propias perspectivas conceptuales, el inagotable campo de la historia de la antigüedad. A partir de esta renovación comenzaron a integrarse las informaciones de las distintas fuentes: literarias, iconográficas y arqueológicas, para un análisis específico y pormenorizado *per se* de la “historia del conflicto” utilizando una terminología propia de las corrientes materialistas. La arqueología militar fue la que experimentó un avance más acusado y ha progresado de manera exponencial en los últimos decenios. Como bien indica el autor de este libro para el caso de Francia, se recuperaron millares de materiales de fondos de museos para volver a analizarlos con parámetros modernos, se excavó un número mucho mayor de necrópolis antiguas que arrojaron una cantidad considerable de material bélico, se elaboraron repertorios tipológicos complejos que permitían rastrear la evolución del armamento antiguo y su funcionalidad táctica y, por primera vez, se empezó a considerar en conjunto el carácter de las armas antiguas como objetos de *status* a la vez que como reflejo de diversas tácticas y estrategias de combate entre las distintas culturas de la Antigüedad.

El caso de la arqueología militar de los antiguos galos ha sido paradigmática en este sentido y ello ha generado una rica bibliografía sobre los más diversos aspectos, tal y como destaca el autor de este libro en el capítulo introductorio. A la Península Ibérica no llegaron aires nuevos hasta mediados los años 80, cuando comenzaron a ver la luz trabajos como los del profesor Fernando Quesada Sanz, que, por primera vez, aplicaban un método científico (tanto cuantitativa como cualitativamente) en el tratamiento de las armas de las necrópolis peninsulares de la Edad del Hierro. Desde aproximadamente 1984 hasta la actualidad, F. Quesada ha sido uno de los máximos responsables del nacimiento de la arqueología militar española moderna, dado que ha tratado en numerosísimas publicaciones infinidad de aspectos sobre la guerra, tanto entre los pueblos peninsulares como, a mayor escala, en la Cultura greco-romana y el ámbito del

Mediterráneo Antiguo. Asimismo hoy en día contamos con diversos trabajos sobre armamento y guerra entre los pueblos peninsulares de “componente céltica” como los de A. Lorrio, M. Almagro Gorbea o G. García Jiménez entre muchos otros

El libro que reseñamos aquí nos parece, ante todo, una prueba palpable de la renovación conceptual de la que venimos hablando y del buen estado de salud de la, por otra parte, joven investigación sobre estas cuestiones en nuestro país. No en vano, es fruto de una memoria de investigación dirigida por F. Quesada en la Universidad Autónoma de Madrid. Llama la atención en este sentido, que un investigador español dedique un trabajo monográfico al estudio del armamento y la táctica militar de los galos del período de La Tène, y quizá este sea uno de los rasgos de la buena salud de la investigación española, que, por fin puede, dedicar sus esfuerzos a contenidos “foráneos” como muchas veces lo han hecho a la inversa muchos otros “hispanistas” franceses o ingleses. En efecto, este trabajo constituye, por su contenido y estructura, un catálogo extenso y pormenorizado del armamento galo de la II Edad del Hierro. No es este un libro que destaque por sus aportaciones específicas al flujo de las corrientes más innovadoras de la historia militar actual, centradas, hoy en día, en otras cuestiones. El objetivo de este trabajo, tal y como expresa el propio autor, no es otro que estudiar el armamento galo desde una perspectiva diferente a como se venía haciendo hasta ahora: ha sido concebido, más bien, como un análisis “a la inversa” de la documentación disponible sobre el armamento galo de La Tène.

Se nos presenta aquí, pues, un tratamiento detallado de las fuentes literarias que recogen noticias sobre las armas y las tácticas de los galos que se enfrentaron a Grecia y Roma, para abordar su crítica empleando la arqueología y la iconografía como herramientas de análisis. Adelantamos aquí que, a nuestro juicio, tanto esta concepción, novedosa y útil, como el riguroso tratamiento de los textos, en sus lenguas originales (griego y latín) con traducciones contrastadas al inglés, francés y castellano, son la columna vertebral de este libro y uno de sus puntos fuertes. El hecho de que sean los propios textos clásicos, en los que abundan informaciones sobre las armas galas, los que sean analizados a la luz de los datos que nos aportan la interpretación iconográfica y, sobre todo, la arqueología, supone una novedad no común en los tiempos que corren, en los que algunos investigadores utilizan los textos, y no siempre en su lengua original, como complementos residuales para refrendar lo que nos dicen los hallazgos arqueológicos, y muchas veces, para buscar en ellos el apoyo a lo que se quiere que digan dichos hallazgos.

El libro presenta un índice de contenidos sencillo pero eficaz, que abre pertinente capítulo introductorio sobre el *status quaestionis* de la arqueología de las armas galas: sus logros, carencias, bibliografía más destacada y evolución desde comienzos del siglo XX. Pasada la introducción, los contenidos se estructuran en tres grandes bloques temáticos: Fuentes y metodología: ventajas y condicionamientos, las armas galas en los textos clásicos, y tácticas de combate de los galos. Cabe destacar dentro del primer capítulo la exposición detallada, por parte del autor, de los objetivos e intenciones del trabajo, de las que ya nos hemos ocupado más arriba, y de las precauciones que han de tomarse a la hora de estudiar las armas y hechos bélicos, a partir de la información que suministran las fuentes literarias. Sobre este particular nos parece muy oportuna la reflexión acerca de los condicionamientos a considerar, a saber: la fecha en la que escribe el autor y distancia cronológica con respecto a los hechos que describe (e implícitamente las fuentes que haya podido emplear), la formación del autor en cuestiones militares y el interés por los

mismos en el contexto de su obra, así como la eventual distorsión de los hechos, fruto del sesgo ideológico característico de la historiografía antigua. Estas tres limitaciones están presentes a lo largo de toda la obra y, arrojan resultados interesantes, según el autor del que se trate. El punto central de este primer bloque es el modelo de análisis del material arqueológico. Cabe destacar el énfasis que se ha puesto en la traducción correcta de los textos escogidos, tanto del griego como del latín, y, sobre todo, en la traducción correcta de los términos concretos referidos al armamento y de las partes que conciernen a las tácticas militares.

Resulta particularmente interesante comprobar que la mayoría de los autores antiguos, incluso aquellos con experiencia militar y conocimiento de las armas propias y de los enemigos bárbaros, muestran una notoria imprecisión en sus obras a la hora de referirse a tal o cual arma bárbara. En muchos casos esta imprecisión es fruto de la preferencia por el estilo literario frente a la pura objetividad y en otros del desconocimiento de la realidad que se describe y el desinterés por ella. Por todo ello, el autor hace hincapié en la importancia de la correcta traducción de términos como: *machaira*, *thyreós* o *spatha*, entre muchos otros, y más cuando podemos toparnos con términos genéricos que engloban tipos de espadas o escudos arqueológicamente bien diferenciados o bien, con el empleo de un término con un significado específico aplicado a un arma diferente de la que refleja en origen. La correcta traducción resulta pues, fundamental para tratar de obtener un resultado preciso e identificable, de ahí que nos parezcan acertadas las premisas básicas de las que parte este libro así como el tratamiento de los textos en el que se ha empleado un rigor considerable. De todas estas limitaciones y consideraciones, se desprende la dificultad de tener puentes a la ligera entre el material arqueológico, las fuentes escritas y el repertorio iconográfico. Creemos que este libro salva airoso este difícil obstáculo y crea un precedente de estudio en este campo. Aun así, nos parece conveniente destacar también que, en ocasiones, la precisión que el autor trata de aplicar a la traducción de los términos y su aplicación al objeto arqueológico puede resultar excesiva, lo que hace que, en algunas ocasiones la interpretación resulte dudosa.

El segundo bloque es el alma del libro y en él se aborda el estudio de cada arma destacada de la panoplia céltica, de manera individual. Nos parece acertada la forma de estructurarlo, dividiendo la panoplia en armas ofensivas (la espada y sus elementos asociados, la lanza, armas de asta arrojadas y carro de guerra), armas defensivas activas, distinción ésta poco común (el escudo) y armas defensivas pasivas (el casco, las corazas...). Dentro de cada arma la estructura sigue también un orden premeditado y riguroso: exposición de los textos clásicos que recogen una mención al arma concreta, discusión filológica sobre la traducción y sentido de los términos referidos a armas de cada texto, una vez definido un patrón, estudio tipológico desde la arqueología de dicha arma durante el período de La Tène, seguido de representaciones iconográficas que puedan aportar algo a la identificación de dicha arma del texto, así como a la confirmación de sus características morfológicas. Como colofón de cada subcapítulo, el autor nos presenta un esbozo del eventual empleo individual de dicha arma en función de las informaciones de fuentes escritas, tipología e iconografía. El resultado es, la mayoría de las veces, una crítica sólida a los testimonios de los textos clásicos desde la filología y la arqueología con en complemento de la iconografía, lo que suele dar como fruto una identificación contrastada del arma en los textos. No obstante, a lo largo de las casi 400 páginas de este

volumen, el lector se encuentra con casos en los que el arma no aparece en los textos y sólo puede reconstruirse a través de la arqueología, otros en las que sólo podemos aproximarnos por medio de la iconografía, e incluso otros casos en los que sólo tenemos noticias a través de las fuentes literarias. Todo ello conforma una casuística compleja que creemos que el autor desgrana con bastante eficacia, en gran parte gracias al orden de análisis que establece. No debemos dejar de mencionar que cada capítulo presenta los textos grecolatinos mecanografiados en su versión original y con su correspondiente traducción, en ocasiones propia del autor y en otras de la *Biblioteca Clásica Gredos* al castellano, contrastadas, la mayoría de ellas, con las ediciones francesa de *Les Belles Lettres* e inglesa de la *Loeb Classical Library*. De esta forma ofrece al lector la oportunidad de criticar, discutir, corregir o matizar las traducciones e interpretaciones propuestas facilitando todos los datos disponibles. Cada subcapítulo de armas va acompañado, además, de un notable repertorio de fotografías y dibujos arqueológicos que ayudan a comprobar y clarificar diversos aspectos.

Dicho esto, nos parece conveniente mencionar también algunas cosas que echamos en falta (y otras que no compartimos) en este bloque temático. En primer lugar, observamos que en todos los casos problemáticos el autor ha recurrido a diversas traducciones a fin de proporcionar más testimonios para solucionar la cuestión: en nuestra opinión, podría haber dotado de esta variedad crítica a algún ejemplo más, como los textos referidos a la lanza empuñada (pp. 118-174) o al casco (pp. 299-323). Es asimismo discutible la interpretación filológica del autor de algún pasaje, como el de Diodoro de Sicilia (V, 30) referido a las puntas de las jabalinas galas (pp. 148-174), encontramos arriesgada alguna identificación de los *realia* arqueológicos con testimonios iconográficos, concretamente aquel de la espada de la estela de Bolonia con un eventual modelo de “módulo medio” de la panoplia de fines de La Tène Antigua (pp. 75-76), por entrar en honduras. Por último, no estaría de más la presencia de alguna tabla sinóptica en la que se relacionase texto con arma, ejemplo arqueológico e iconografía como resumen gráfico que ayude al lector a retener la información entre tanto caso complejo. En este último caso, es de justicia decir que nos consta que la tesina que fue origen de este libro contaba con un prolijo aparato de tablas que hubieron de ser omitidas debido a razones de espacio.

El tercer y último bloque es el referido a la tácticas militares colectivas de los galos. El recorrido que se nos presenta es fundamentalmente cronológico, estructurado según los grandes periodos de la II Edad del Hierro gala, y, por medio del relato de batallas libradas contra griegos y romanos, fundamentalmente. El autor nos advierte de la casi exclusividad de las fuentes clásicas para reconstruir este punto, y nos muestra un diría que ameno pero serio recorrido por algunas de las estrategias básicas de combate que adoptaron estos pueblos a lo largo de su historia. Nos ha parecido destacable la evolución de estos pueblos hacia una complejidad táctica considerable que culmina en los tiempos de las guerras contra César, y la importancia del contacto con los ejércitos de Cartago y Roma en dicha evolución táctica.

Cierra el volumen una reflexión sobre el comportamiento táctico colectivo de los galos que rompe con la concepción tradicional de la “simplicidad táctica” de los pueblos bárbaros para traernos una imagen más calibrada de sus ventajas y carencias en combate y de su modelo de organización militar.

En resumen es este un libro muy elaborado en el tratamiento y análisis de las fuentes, que trata un tema igualmente interesante casi desconocido para la bibliografía española y que viene a suplir a nuestro juicio una laguna existente en los estudios sobre la historia y la arqueología militar de los galos, incluso en la rica bibliografía europea, el de un estudio sistemático y verdaderamente integrado de las fuentes escritas, arqueológicas e iconográficas sobre el mundo militar galo de la II Edad del Hierro. La mejorable calidad de algunas de las fotografías, la discutible interpretación de algunos términos y textos así como su asimilación a objetos arqueológicos y la carencia de alguna que otra tabla que resuma los contenidos no ensombrece el gran trabajo realizado por el autor, que nos ha traído una imagen mucho más precisa y matizada de los guerreros que durante siglos conmocionaron a griegos y romanos. Imagen rescatada, además, de unas Fuentes Clásicas que la arqueología moderna tiende a veces a marginar sin calibrar su verdadera potencialidad si las sometemos a un análisis adecuado. En este sentido el libro de J. Moralejo es un verdadero ejemplo de “transversalidad” en el sentido más estricto del término. Como afirma el prologuista del volumen, reconocido especialista en estas lides: “*Con trabajos como este la Arqueología y la Historia Antigua españolas especializadas en temas militares muestra una vez más su madurez*”. Me adhiero a esta afirmación en la esperanza de que continúe esta línea fructífera en el ámbito de la arqueología militar.

MANUEL RAMÍREZ SÁNCHEZ

MIGUEL ÁNGEL NOVILLO LÓPEZ, *César y Pompeyo en Hispania. Territorio de ensayo jurídico-administrativo en la tardía República romana*, Sílex Ediciones. Madrid, 2012, 368 pp.

La omnipotente y siempre atractiva figura de César, así como la poderosa imagen de Pompeyo Magno, han sido dos focos de atracción para la historiografía por la fuerza, poder y dominio que transmiten estas figuras. El conflicto de las guerras civiles entre ambos personajes también ha suscitado una vasta y prolífica bibliografía al respecto, tratada de todos los modos posibles.

Dicho libro supone un estudio detallado de ese período de finales de la República romana. La segunda guerra civil vivida en este contexto republicano puede ser considerada como una de las fases de mayor trascendencia histórica en la Península Ibérica en los tiempos de la República tardía. Con el título de “ensayo jurídico-administrativo”, nos hacemos una idea del peso que la administración provincial tiene en el enfoque de la obra, y el impacto que tuvo el conflicto militar en la determinación de la misma.

El trabajo es el resultado sintetizado de forma práctica de la tesis doctoral de Miguel Ángel Novillo López. Este autor ya tiene experiencia en realizar obras que, sin faltar ni mucho menos a su carácter científico, basado en una buena documentación, suponen, en definitiva, una obra de divulgación donde la lectura no se aprecia densa como *a priori* un estudio tan concreto podría parecer. Ese carácter divulgador es uno de los pilares fundamentales de la editorial Sílex Ediciones, que lo edita.

La obra se estructura en tres capítulos precedidos por una introducción histórica que pone de manifiesto el estado de la cuestión de los dos principales personajes de estudio

(Pompeyo y César) y va cerrada por unas conclusiones a modo de recapitulación, acompañado, por supuesto, de las indicaciones bibliográficas usadas.

Inicio el análisis crítico por el primer capítulo, titulado “La *Gens Pompeia* en Hispania”, en donde Novillo analiza el devenir histórico que supusieron las campañas militares de Gneo Pompeyo Magno en la Península Ibérica con motivo de las Guerras Sertorianas. La implantación de clientelas motivadas bien por privilegios, bien por la herencia de Craso, quedaron afianzadas por sus triunfos militares, lo que reforzó su figura en Hispania y en Roma y, sin duda, supuso una reafirmación y un uso más personal que militar. Este factor será de vital importancia para entender la consecución y desarrollo de las campañas bélicas en Hispania.

Del mismo modo, el segundo capítulo se titula “Julio César en Hispania”. Siguiendo el hilo argumental iniciado por el primer capítulo, en este apartado se expone el papel que tuvo César en Hispania en los tiempos previos al conflicto. Como he mencionado, es importante ver los precedentes, por lo cual este examen revela importantes claves sobre el triunfo cesariano en Hispania en las Guerras Civiles. Además, también se expone de forma concisa la relación política que tuvo con Pompeyo previa a la guerra, exponiendo las causas del deterioro de las relaciones entre ambos, y también con Craso en el triunvirato, así como la posterior evolución del conflicto, de forma breve y sólo con carácter ilustrador en las fases bélicas que no se desarrollan en territorio peninsular (sin ellos no se podría entender la complejidad y los periodos que acontecen durante estas guerras), como el caso itálico o la zona de Grecia, Oriente y África, y más concienzudamente en los acontecimientos peninsulares, que son a los que hace directa alusión esta obra.

Así, el estudio peninsular se enfoca en las dos fases de la guerra en Hispania: la batalla de Ilerda y la derrota de las tropas pompeyanas presentes en la Península, y la batalla de Munda y la derrota de las tropas de los sucesores de Pompeyo. El aporte más interesante en este tema es lo que el autor denomina como el “Comportamiento durante el *Bellum Hispaniense*” en donde analiza la actitud de ciudades y personajes en el transcurso de la guerra, en relación a los apoyos de uno y otro bando y las fluctuaciones que se van produciendo debido a la deriva histórica de los acontecimientos.

Pero la parte más interesante de este apartado es el análisis territorial inserto en el programa cesariano, tanto la difusión del modelo de *ciuitas* como la promoción jurídica de colonias y municipios. Este tema tan estudiado vuelve a ser reinterpretado en pos de estructurar la construcción urbana del programa cesariano, teniendo en cuenta su trasfondo histórico y político, y su categorización y nominalización. La problemática de un tema tan estudiado podría dificultar la renovación de aportaciones, pero la presentación de las diversas teorías que aluden al problema y el aporte de nuevas hipótesis fundamentadas empíricamente aportan novedades sobre la temprana contemplación de hispanos como ciudadanos romanos de pleno derecho desde época republicana. El autor realiza una revisión de los mayores puntos urbanos en donde César tuvo incidencia, repasando la categorización jurídica de los mismos y la adscripción de tribus a través de la documentación epigráfica. Destacan tres tipos de asentamiento: colonias, municipios y ciudades de derecho latino.

Como cierre de este capítulo, culmina el estudio de la época de César en Hispania con un estudio numismático y epigráfico de otros aspectos relacionados con Julio César.

Este apartado es, sin duda, el eje vertebrador de la obra, tanto en su extensión como en su análisis más conciso, donde se ve desarrollado el sentido territorial al que alude el título y donde se ofrecen los datos más interesantes a mi parecer.

El capítulo final “El fin de C. Julio César y la continuación de su programa” es una especie de colofón histórico donde Novillo relata los últimos días de César, su muerte y los acontecimientos históricos que le sucedieron, tales como la implantación de Marco Antonio como nuevo líder del partido cesariano, la reclamación del testamento de César por parte de Augusto, la persecución y criba senatorial, la derrota de Bruto y los libertadores y la proclamación del segundo triunvirato. Cierra este episodio histórico con el triunfo sobre los hijos de Pompeyo, la conversión del triunvirato en duunvirato y, finalmente, la derrota de Marco Antonio con la consecuente proclamación de Octavio como el primer emperador de Roma. Este capítulo denota que es un resumen conciso de los datos más importantes que prosiguieron a la muerte de César, y si bien ya no tiene que ver directamente con las guerras civiles, cierra el círculo de la política cesariana y la herencia augustea.

Finalmente, Novillo cierra la obra con una recapitulación en la que replantea el territorio hispano como un espacio en el que se reflejó el conflicto entre Pompeyo y César así como las propuestas y soluciones de ambos, como bien expresa el autor. Mientras que la política pompeyana se caracterizó por una red consolidada de clientelas en las oligarquías hispanas, la política cesariana se consumó en un nuevo planteamiento territorial tomando como punto de partida la *ciuitas*, indistintamente de haber apoyado su política desde el primer momento del conflicto. Con esto, se replantea una nueva situación al final de la guerra, al haber sido uno de los territorios clave para la consecución del conflicto y el dominio del que será todo el Imperio. Con todo ello, el conflicto conllevó, por tanto, un primer paso a la integración de los habitantes hispanos a la ciudadanía romana.

Incluye poca documentación gráfica, principalmente epígrafes y monedas, así como varias aportaciones cartográficas.

Es preciso mencionar la rica y extensa documentación bibliográfica de corte multilingüe, que favorece la amplitud de miras y visiones de diferentes escuelas teóricas, por lo que puede ser considerada como una gran recopilación documental de las guerras civiles para el caso hispánico, usando no sólo fuentes clásicas y estudios históricos, sino también con numerosos documentos de corte arqueológico y filológico.

Sin duda, y aunque ya lo he mencionado, el carácter científico y divulgativo de esta detallada y cuidada obra es una aproximación interesante tanto para especialistas como para interesados en el tema, aproximaciones que suelen ser difícil que converjan, pero que, sin duda, son necesarias en nuestra disciplina. A modo de comentario final, lo único que quizás se echa en falta es un glosario final que complete los términos específicos o latinos, que es si acaso la única barrera que puede existir para los profanos en este tema específico.

Siempre es difícil aportar novedades a temas tan estudiados como el que nos atañe. Sin embargo, esta obra lo consigue con un carácter renovador sobre varios aspectos no siempre tratados de forma íntegra y se puede considerar una gran puesta al día y una mejor comprensión sobre la complejidad de este episodio histórico.

SERGIO ESPAÑA CHAMORRO

MIRELLA ROMERO RECIO, *Ecos de un descubrimiento. Viajeros españoles en Pompeya (1748-1936)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2012, 287 págs + ilustraciones en blanco y negro + 47 ilustraciones en color.

Es ésta la segunda monografía de Mirella Romero sobre el tema de Pompeya, tras el interesante libro *Pompeya. Vida, muerte y resurrección de la ciudad sepultada por el Vesubio*, Madrid, 2010 (cfr. reseña en *Habis*, 42, 2011, pp. 390-393), como fruto de una serie de proyectos de investigación que ha disfrutado, subvencionados por la Universidad Carlos III, la Comunidad Autónoma de Madrid y el Ministerio de Economía y Competitividad de España; un buen ejemplo de la rentabilidad en el campo del conocimiento de las políticas de apoyo institucional a la investigación, que ahora se quieren recortar desde la administración pública.

En *Ecos de un descubrimiento...* hace repaso la autora a los viajeros españoles en Pompeya, desde el siglo XVIII, en que es descubierta por el impulso de nuestro monarca Carlos III cuando era rey de las Dos Sicilias (Carlos VII), en Nápoles, hasta los comienzos del siglo XX. Es sabido que las primeras excavaciones se centraron en Herculano, desde 1738, pero diez años después, en 1748, comenzaron en Pompeya, donde se podían desarrollar con menores dificultades (por el carácter de los depósitos que sepultaron la ciudad y por no encontrarse infrapuesta a un enclave moderno), por lo que se convertiría en el yacimiento arqueológico por excelencia, excavado y restaurado continuamente y visitado siempre, hasta la actualidad. Es, pues, un tema de gran atractivo, el del viaje en sus múltiples facetas e intereses, que tiene en este caso como meta uno de los yacimientos señeros de la arqueología, lo que confiere a tales viajeros no sólo el carácter de simples turistas, sino un elenco de matices que van acordes lógicamente con el momento en que se hacen, tanto a nivel general como, especialmente, de las circunstancias de España. Así, se convierte también en un reflejo directo (teniendo en cuenta que se trata de información directa de los mismos viajeros expresadas en obras publicadas en relación al motivo y experiencias del viaje) de la realidad de la España moderna y contemporánea, con el referente del interés por la disciplina arqueológica o, más generalmente, por la antigüedad clásica, y que la autora ha sabido analizar con sutileza y conocimiento del tema. No obstante, dos aspectos principales son destacables a mi juicio en la obra de la profesora Romero Recio: en primer lugar, el perfecto equilibrio entre calidad de prosa y carga erudita, que se restringe sobre todo al documentado y amplio aparato crítico vertido en las notas a pie de página, sin alterar sustancialmente el discurso del texto; en segundo lugar, la forma de plantear la estructura del libro, con una serie de capítulos que avanzan en el tiempo y que se identifican en cada caso con un aspecto concreto predominante en cada período, si bien “ha de tenerse en cuenta que la compartimentación establecida en este trabajo es subjetiva, pues el testimonio de muchos de los viajeros de los que hablamos podría haber sido incluido en apartados diferentes ya que participaron de experiencias semejantes, aunque hayamos optado por ubicarlos en un determinado capítulo y no en otro” (p. 21).

Se ha articulado este nuevo “viaje” a Pompeya en seis capítulos. En primer lugar, M. Romero analiza el papel de los primeros eruditos en Pompeya (pp. 23-44) durante el siglo XVIII, desde los personajes vinculados al propio proceso de excavación, entre los que destaca la figura del ingeniero militar Joaquín de Alcubierre, hasta los pocos viajeros ilustrados que visitaron Pompeya con el permiso regio, como Francisco Pérez Bayer, Antonio Ponz, Juan Andrés, el Conde de Maule o José de Viera, como preceptor del hijo del Marqués de Santa Cruz en un viaje del Grand Tour, que no eran muy frecuentes en

España. En el siguiente capítulo (pp. 45-57) se analiza el caso especial de los arquitectos, especialmente los pensionados en Roma, que asimismo tuvieron en los edificios de Pompeya un tema de estudio en su proceso de formación en Italia entre fines del siglo XVIII y la primera mitad del XIX (Villanueva, González Velázquez, Montañés, García Mercadal). Además, en ese siglo XIX, estaban los pintores (pp. 59-96), que constituyen una “corriente pompeyanista”, en línea con la europea protagonizada por pintores como L. Alma Tadema o autores de la novela histórica, como Bulwer Lytton (*Los últimos días de Pompeya*, 1834), y que se inicia especialmente con Bernardino Montañés y su serie de acuarelas pompeyanas, y continúa a fines del XIX con otros como Vicente Palmaroli o Alejo Vera, que fueron además directores de la Academia Española de Roma. Artistas pensionados fueron no sólo españoles (Simonet, Garnelo, Salinas, Sorolla, Giménez, Checa) sino también iberoamericanos y de otras latitudes (Hernández Morillo, Luna), con el tema de Pompeya y sus ruinas arqueológicas presente en su producción pictórica. A comienzos del XX Adelardo Covarsí escribió *Italia, impresiones de viaje de un pintor* (Badajoz, 1910).

Precisamente en el siguiente capítulo se pasa revista a los escritores, desde Leandro Fernández de Moratín, en 1793, hasta el Duque de Rivas, en la década de 1840. Más trascendencia tiene la visita de los escritores Juan Varela, en 1847, y Pedro Antonio de Alarcón, en 1859, como reflejan sus escritos, exponente de la “mundanización de la arqueología” (según ha expresado Ricardo Olmos en AA.VV., *Arqueología, coleccionismo y antigüedad. España e Italia en el siglo XIX*, Sevilla, 2006, pp. 479-502), bajo un cierto rescoldo romántico; así, afirmaba Alarcón: “Después de una noche inolvidable, cuya primera mitad he pasado contemplando a Pompeya a la luz de la luna, y la otra mitad soñando con la novela de Bulwer, con terremotos y con nuestra próxima subida al volcán” (cit. en p. 110). Analiza a continuación M. Romero las figuras de Federico Moja y de Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno y Vicente Blasco Ibáñez (como se refleja en su novela *Mare Nostrum*, 1918) en su relación entusiástica con Pompeya durante los últimos decenios del XIX. También en los comienzos del nuevo siglo XX Carmen de Burgos recuerda sus impresiones en la obra *Por Europa (impresiones): Francia, Italia* (Barcelona, 1916) y se refleja en otros pasajes de otras novelas suyas; a la par que Julio Camba aportaba una nueva óptica fruto del corresponsal de periódico que identificaba a las gentes de la antigua Pompeya por comparación con los coetáneos napolitanos. “Alegría, tristeza, soledad, admiración, múltiples sensaciones se entremezclan en los testimonios de los escritores que contemplaron Pompeya”, como concluye M. Romero (p. 141).

Un nuevo apartado lo suponen las visitas y comentarios publicados de políticos y misiones oficiales, destacando las figuras de Francisco Pi y Margall y de Emilio Castelar. Interesantes son los comentarios de Lázaro Bardón, helenista y rector de la Universidad Central, que visitó la ciudad romana en viaje oficial, así como el Museo. También hicieron escala en Pompeya dos famosos barcos: la fragata Arapiles con la misión científica a bordo a cargo de Juan de Dios de la Rada y Delgado, para aprovisionar de fondos al recién creado Museo Arqueológico Nacional, aunque con escaso éxito; y el barco del crucero por el Mediterráneo de 1933, como se refleja en los diarios de los cruceristas. El sexto capítulo está dedicado a los turistas del siglo XIX y comienzos del XX (pp. 181-246), considerando a aquellos visitantes que pueden incluirse en el “perfil del turista moderno que busca conocer lugares nuevos” (p. 181), siendo asimismo muchos de ellos intelectuales, eruditos o artistas, pero que no se incluían especialmente dentro de

los márgenes expuestos en los apartados anteriores. En todos ellos se advierte la admiración por las ruinas, así como la preparación del viaje (uso de guías, planificación de recorridos y de hoteles, informaciones de interés, etc.), como queda reflejado en sus escritos y comentarios, a la par que una presencia cada vez mayor en la prensa. Como concluye la autora (pp. 247-250), se trata de una imagen ficticia de Pompeya creada a lo largo de los siglos por aquellos que conocieron el yacimiento arqueológico a partir de sus diversos intereses (científicos, intelectuales, literarios, artísticos, lúdicos, etc.), desde la erudición anticuaria a la arqueología, desde la curiosidad al turismo, pero siempre como viva evocación del pasado clásico: “Muchos y muchas añoraron conocer Pompeya, algunos lo consiguieron y unos pocos, al final de su viaje, plasmaron por escrito sus impresiones. A todos conmovió, a pocos decepcionó y en el ánimo de la mayoría dejó la imagen más cercana y próxima que se pueda contemplar de la siempre admirada Antigüedad” (p. 250).

Cierra la obra un cuadro de las fechas de las visitas de Pompeya por parte de los viajeros citados en el trabajo (pp. 251-256), así como una riquísima bibliografía (pp. 257-280), que nos permite adentrarnos con pie firme en todas las abundantes sendas que el libro nos abre, y, finalmente, un índice onomástico, muy útil. Corresponde, pues, a una obra destacada en los recientes estudios de historiografía arqueológica, pero que responde a ese sesgo indicado, novedoso en nuestro caso y siempre muy atractivo para el lector, especialista o no en el tema, a partir de las propias impresiones que dejaron escritas los viajeros españoles de Pompeya entre el siglo XVIII y los comienzos del siglo XX.

JOSÉ BELTRÁN FORTES

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ (ed.), *Literatura y cine*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2012, 345 pp.

El título es ambiguo por su amplio horizonte, pero la editorial elegida y el propio nombre del editor pueden anticiparnos la idea de que por “literatura” aquí se entiende sobre todo la de las culturas occidentales más antiguas. Y, en efecto, se trata de una serie de estudios de los que la mayoría están referidos a la Antigüedad clásica y su reflejo en el cine. Algún subtítulo pudo concretar más el campo abarcado, lo que tampoco era fácil, dada la existencia de excepciones. En cuanto al origen de estos estudios, estuvo en un seminario bajo los auspicios de la Fundación MapfreGuanarteme y la Facultad de Filología de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y celebrado entre el 24 y el 28 de octubre de 2011 en Arucas (Gran Canaria).

M. Martínez Hernández nos introduce en el tema con un extenso panorama, provisto de nutridos catálogos, con el epígrafe “La literatura griega en el cine” (11-65). Como otros capítulos del libro, ofrece una sección digamos teórica, aunque en éste la parte de concreción sea menos relevante. Y sin duda serían esos listados, en los que se recogen casi todas las películas que de un modo u otro dependen argumentalmente del mundo griego antiguo, los que destacarían en este capítulo, puesto que los comentarios son forzosamente parcos, si no supiésemos que en general dependen de publicaciones previas de quienes sí son especialistas en la materia. El autor, que se confiesa (11) sólo “un gran aficionado a este arte”, nos resume, quizás un tanto innecesariamente, la historia de este arte novísimo, con sus ya viejas técnicas y las aportaciones de las más novedosas tecnologías (“desde el primitivo cinematógrafo mudo hasta el cine digital del siglo XXI”: 12),

así como el repertorio de los géneros cinematográficos, para centrarse luego, con el subtítulo “Cine *peplum* y Antigüedad” (15 ss.), en su tema específico. Si el historiador del cine J. Solomon, citado en la bibliografía, cifra en no menos de 400 las películas referidas al mundo antiguo, Martínez Hernández enumera también una cantidad muy elevada de títulos, la mayoría de los cuales son poco o nada significativos para el espectador medio y muchos de los cuales tampoco representan obras de calidad. Más bien es lo contrario, puesto que, en nuestra opinión, el cine *peplum*, entendido el término en sentido muy amplio, ha sido, salvo excepciones, uno de los apartados menos brillantes de la ya más abundante que larga historia del cinematógrafo. Martínez trata de organizar esos catálogos en una clasificación por materias (mitológica, épica, ambas con interconexiones inevitables; las más rara lírica, teatro, historia, las igualmente escasas filosofía, fábula y novela). Y en sus conclusiones admite que el *peplum* griego (valga la impropiedad), aun siendo nutrido, ha sido menos acogedor que el romano (60). Merece en todo caso destacarse el capítulo de las películas que han popularizado el platónico tema de la Atlántida, encajado discutiblemente entre los mitológicos y con una afirmación un tanto osada: la de que “puede considerarse... [a Platón] como el verdadero fundador de la novela histórica” (37), lo que, por más que se haga depender de ideas de Vidal-Naquet, no deja de ser una ocurrencia. Y, en fin, no podemos dejar de insistir en que la tarea de catalogación citada ha sido facilitada por trabajos como los del ya mencionado Solomon, de P.L. Cano o de A. Prieto Arciniega, recogidos en la bibliografía. En cambio, creemos que no se le hace la debida justicia a Alejandro Valverde García, del que se citan sólo tres publicaciones y que ha hecho importantes aportaciones en este ámbito. Y aun podemos añadir que recientemente se ha publicado otro volumen colectivo editado por el profesor de la Universidad de Granada F. Salvador Ventura (*Cine y autor* [Intramur, 2012]) con tres contribuciones sobre el tratamiento de la Grecia antigua en las películas del ya desaparecido Pietro Francisci a cargo de Óscar Lapeña y una aportación precisamente de Alejandro Valverde sobre la trilogía eurípidea de Cacoyannis, y que mientras elaborábamos esta reseña apareció otra nueva obra plural: J.J. Alonso, E. A. Mastache y J. Alonso Menéndez, *La antigua Grecia en el cine* (Madrid, T&B, 2013), en la línea de la de los mismos autores y en la misma editorial, titulada *La Edad Media en el cine*.

F. Ponce Lang-Lenton, en la primera de las que hemos llamado excepciones, escribe sobre “Ver/leer: parecidos y contrastes” (67-92), un modo escueto de ofrecernos una defensa del interés no en general de lo cinematográfico frente a un cierto desdén elitista, sino en particular de productos derivados de la cinematografía clásica como las series televisivas, a la vez que profundiza con acierto en cómo el cine (y las series) no hacen en buena parte sino reproducir los esquemas narrativos de la novelística del siglo XIX. Sólo que sujetos esos esquemas a una técnica narrativa propia, en la que la elipsis tiene un papel preferente. Y hace recaer en Griffith, también con razón, el mérito de esa adaptación de los modos narrativos de la novela del XIX, al crear un modelo para todo el cine posterior, si bien hoy, cabría añadir, no faltan corrientes dentro de este arte que se apartan visiblemente de ese patrón. Contar historias es un fin compartido por la literatura y el cine, pero la una y el otro, compartiendo en general rasgos como la omnisciencia narrativa, se orientan por vías divergentes. Sin que haga falta subrayar que también la técnica productiva (colectiva en el cine, individualista en la escritura) supone una diferencia radical. Y sólo nos gustaría añadir, por citar uno de los ejemplos que el autor pone, el del aprovechamiento de una novela de casi mil páginas de Theodore Dreiser en la película *Un lugar en el sol* (*A place in the sun*, 1951), que ese mismo esbozo argumental se ha repetido

en *Match point* de Woody Allen, película con la que la comparación se hubiese enriquecido. Igual que hubiésemos visto con agrado otra comparación entre el juego de secuencias cinematográficas y el *entrelazamiento* como recurso narrativo literario.

R. Sierra del Molino analiza ya un caso muy concreto (“La *Livia* histórica frente a la *Livia* cinematográfica en la serie *Yo, Claudio*”, 93-114). Enfrenta las figuras de Livia tal como tratada por la historiografía y la que, emanada de la obra de Robert Graves, aparece representada, con aspectos aun más oscuros, en la citada serie. Y extrae una conclusión inevitable: la de que, en el último caso, estamos ante “una imagen perversa, cruel y demolidora”, para la que modernamente se ha sacado provecho de los rasgos menos favorables del personaje tal como nos es conocido sobre todo a través de Tácito.

No hace falta decir que el estudio de V. Galbán González (“Literatura y cine: *La Regenta* y Gonzalo Suárez”, 115-136) es la segunda excepción. En él se analiza una de las obras más originales del bien conocido escritor y cineasta español, *Oviedo express* (de 2007), como excelente ejemplo de la conjunción (adaptación, “apropiación”) de literatura y cine, en el que no se trata en absoluto ya de una mera adaptación al uso sino de la producción de una obra novedosa. En este caso confluyen como materiales literarios aprovechados aspectos de textos diferentes: *La Regenta* de Clarín y *Angustia (Angst)*, un relato breve también sobre adulterio (1920), de Stefan Zweig. Obras ambas que no es la primera vez, como es sabido, que son adaptadas (en algún caso también “apropiadas”) cinematográficamente: la de Zweig al menos en otras cuatro ocasiones antes de la película de Gonzalo Suárez.

M. Martínez Sariego (“Literatura y Cine: de la adaptación a la decantación a través del ejemplo del monstruo y la doncella”, 137-177) examina, con algunos excursos muy teóricos (el laberíntico, pero en el fondo elemental, gráfico sobre los “trasvases culturales” entre las artes de la p. 141 es una muestra), el tema que igualmente podría haberse titulado “de la bella y la bestia”, y, de hecho, esta expresión aparece también en el cuerpo del artículo. La autora emplea los términos citados en su título, “adaptación” y “decantación”, el primero de amplio y bien conocido alcance, el segundo (tomado de J. L. Sánchez Noriega, *De la literatura al cine. Teoría y análisis de la adaptación* [Barcelona, Paidós, 2000]) referido no ya siquiera a una adaptación libre sino a una actualización en el nivel cinematográfico de temas, motivos, etc., que pertenecen a la tradición cultural prácticamente como universales. El aquí elegido del monstruo y la doncella es, obviamente, un argumento bien conocido en el folclore (y así recogido en catálogos como los de Aarne y Thompson o, entre nosotros, Balló y Pérez) y, por supuesto, en la literatura. Según la clasificación de éstos últimos, estamos ante uno de los veintidós temas básicos a los que en esencia se reducen los numerosos argumentos que se nos han contado en la aún breve historia del cine. Un amplio panorama que no sorprende, por cuanto, como se nos dice, aunque con la limitación de tratarse de temas literarios, “el número de adaptaciones es superior al de guiones originales” (138). Y es que a diferencia de otras artes, que se alimentan básicamente de sí mismas, el cine ha vivido esencialmente de la literatura. Los ejemplos estudiados, que también podemos calificar de inevitables, sirven para ilustrarnos sobre la distinción adaptación/decantación y van desde películas como *Nosferatu* de Murnau (1922) o *La belle et la bête* de Cocteau (1946) hasta las variadas apariciones en la pantalla de King Kong, de Cirano de Bergerac y otros personajes de todos sabidos. Pero, aunque el ejemplo elegido sea poco novedoso, resulta muy pedagógico y es de agradecer este interesante análisis, que, a pesar de las apariencias con sus alusiones semióticas,

es claro y atractivo. Y con este estudio se cierran las excepciones: la autora no ha rastreado la existencia del tema en la Antigüedad, posiblemente porque el cine tampoco la ha reflejado.

A. M. Martín Rodríguez con su “De la historia al cine (pasando por la literatura): las mujeres de Espartaco” (179-246) nos da otra muestra del método que une teoría y ejemplo práctico. El problema planteado es el muy usual de la fidelidad/infidelidad en el tratamiento de una materia histórica en la pantalla. Lo cierto es que la rebelión encabezada por Espartaco fue escasamente tocada por los historiadores antiguos, siendo los griegos (Plutarco y Apiano) y no los romanos los que, dentro de esa parquedad, ofrecen más información. Pero la literatura primero, desde el siglo XVIII, y luego el cine (con su obra más ambiciosa, la de Kubrick, de 1960) y alguna serie televisiva han repetido visiones, generalmente infieles, no ya de Espartaco y su sublevación, sino del aspecto muy concreto de las mujeres que real o ficticiamente (mucho más lo segundo) se movieron en su entorno. El ejemplo está bien elegido, pero podrían haber sido centenares para demostrar lo mismo: la habitual infidelidad tanto de la novela o el drama histórico como del cine a sus fuentes, incluso cuando son más nutridas que las aquí citadas.

El propio editor G. Santana Henríquez toca un tema mucho menor: “Un héroe griego en dibujos animados: *Hércules* de Walt Disney” (247-280). Pero lo adereza con una amplia información preliminar sobre diversos aspectos de la historia y en particular sobre el papel de la animación. Se recorre el nacimiento de ésta, en 1905, ofreciendo abundantes datos sobre sus progresos técnicos y, ya en concreto, acerca de la introducción del elemento mítico (con una “nueva mitología”) y su aprovechamiento en esta forma de espectáculo cinematográfico, para pasar finalmente (274-280) a lo anunciado por el título: el examen de una obra de la factoría Disney que sirve como un caso extremo de esa tan usual infidelidad del cine a lo que sabemos, en este ejemplo, por nuestra información mitológica.

M. de la Luz García Fleitas toma otro ejemplo (“La imagen estereotipada de Cleopatra VII: supresión y ampliación de roles en el cine”, 281-305) de variada desviación del cine respecto a un personaje antiguo. Cleopatra VII ha sido frecuentada en la historia de este arte, aunque, como nos confirma la autora (n. 5), su filmografía se concentra en las primeras décadas del siglo XX y años 50 y primera mitad de los 60, pero sí ha dejado huellas tanto por las actrices que han desempeñado el papel como por el bosquejo psicológico, casi siempre de rasgos muy negativos, pero que en parte están ya en la historiografía antigua. Y todo ello con una visión sesgada y tópica del Oriente y con chispas de machismo, que han acompañado implacablemente, tal como en la pintura, a esta recuperación cinematográfica de la reina egipcia, con la casi única y relativa excepción de la conocida película de Mankiewicz de 1963.

L. Martín Adán cierra la colección de estudios con el titulado “De la mitología griega al cine: Jasón y los Argonautas” (307-345). La autora analiza primero las fuentes míticas antiguas, el argumento transmitido y el testimonio del tema en otras artes, incluidos la historieta gráfica y el videojuego, y sólo desde la p. 325 nos introduce propiamente en su materia. Dejando de lado obras como las *Medeas* de Pasolini y de Von Trier, se centra luego en la película *Jason and the Argonauts* de Don Chaffey (1963), con Ray Harryhausen al cargo de la animación, y en la miniserie televisiva del mismo título dirigida por Nick Willing en 2000, ambas, se nos asegura, basadas en el relato de Apolonio de Rodas

aunque “con una visión algo más romántica”, añadiéndose que en realidad “poco tienen que ver el Jasón y la Medea de Apolonio con los de las adaptaciones filmicas” (325). Martín Adán analiza ese tratamiento de los dos personajes principales del mito, un tanto desigual y en detrimento de Medea al no caracterizarse al héroe como el ἀμύχανος apoloniano (esto lo decimos nosotros) sino como el típico superhombre, junto con detalles como los muy particulares reclutamiento y tripulación (asombrosamente renuente) de la nave Argo en la serie, con el cinematográficamente imprescindible traidor infiltrado (Acasto) en la película, la presencia como navegante, en la serie, de Atalanta, enamorada lógicamente de Jasón y atizadora del demonio de los celos: uno de los males evitados cuidadosamente por Apolonio. Y ya el lector sabría por qué aunque el poeta no lo hubiera explicado, que sí lo hizo; o los viajes de ida y vuelta (éste prácticamente inexistente en una y otra versión) y otras muchas y concretas infidelidades respecto al antiguo relato y desde luego con una visión muy empobrecida tanto del fascinante mundo de los dioses que ofrece Apolonio, que hemos estudiado en otro lugar, como del variado papel de los Argonautas, sobre lo que mucho dice el poeta y prácticamente nada los dos guionistas. Una lucida muestra de desviación se da en los que Martín Adán retrata como “bufones” (331) entre los marinos televisivos: Cástor y Pólux, cuya persecución de las Harpías termina (en la película) con éstas ¡enjauladas! En fin, una típica conducta de la industria del cine que apenas merece comentarios a estas alturas y no tiene relación necesaria con la calidad de sus productos.

No escasean las erratas. Algunas afectan incluso a los nombres propios: así, Sweig (repetido: 117 y 119) por Zweig o Fritz Land por Lang (288, n. 19), pero debe señalarse también una “alineación” por “alienación” en 261 entre las que más saltan a la vista, o la reiteración de la cita de la mencionada obra de Sánchez Noriega en un catálogo (176). Como, según dijimos, casi todos los capítulos se inician con (u ofrecen en algún momento) aspectos teóricos o referencias históricas, no faltan otras repeticiones. Las bibliografías, separadas por capítulos, son recogidas sin uniformidad, puesto que algunos trabajos ofrecen listados, pero otros sólo citas a pie de página. Sin que haga falta decir que tales bibliografías nos orientan, incluso a los no especialistas, sobre las lecturas que subyacen en lo que aquí leemos. Y bastantes fotografías de las que acompañan a los estudios son, lamentablemente, casi superfluas por su falta de nitidez. Pero todos estos hechos no impiden, en general, nuestra favorable apreciación del libro, que nos enseña mucho sobre una materia muy actual y aquí tratada con variedad y riqueza informativa.

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ

